

460.35)



DE
"CANTE GRANDE"
&

"CANTE CHICO"

POR
JOSE CARLOS DE LUNA



DE LUNA

SEVILLA CORDOBA JAEN ALMERIA GRANADA



HUELVA

DE
«CANTE GRANDE»
Y
«CANTE CHICO»

DE
CANTE GRANDE
Y
CANTE CHICO

POR

JOSÉ CARLOS DE LUNA

Con 12 fotograbados—en la cubierta y cabeceras de capítulos—,
dibujos originales de D. MIGUEL VELASCO Y AGUIRRE

MADRID, MIL NOVECIENTOS VEINTISEIS.

¿PRÓLOGO?

MÁLAGA.

Sr. D.

JOSÉ CARLOS DE LUNA

Alarcón Luján, 8.

Habrás observado, Pepe de mis entretelas, cómo va acentuándose, entre los hombres, en cuanto amaina el frío, la tendencia a prescindir del sombrero, dejándolo en casa, durante el verano, y, en todo tiempo, en el guardarropa del teatro.

El prólogo, con relación al libro, tiene mucha semejanza con el sombrero, refiriéndose al hombre. Tu libro puede muy bien echarse a la calle sin chistera, hongo, gorra ni solideo: conste.

Un solo prólogo llevo escrito, en mi larga vida, para complacer a un amigo de Costa Rica. Lo que te prueba, sobradísimamente, que mi sombrerería no tiene ningún crédito; que es desconocida en absoluto; en plata: que no alcancé cartel de prologuista.

Por fin, después de haberlo leído, desde la portada a la fecha, que le pones en «Jimena de la Frontera y Málaga, agosto de 1925», me pregunto, como quien busca un asiento en sala de espera repleta, o en Misa ya comenzada:

— ¿Y yo dónde me coloco?

Tu obra lleva DEDICATORIA, en la que, modesta-

mente, hablas de tus fuerzas, y refieres cómo y cuándo se te ocurrió escribirla. Después te diriges AL LECTOR, manifestándole con claridad tu propósito, que se cifra en «hacerle variar de opinión»—suponiéndola, naturalmente, desfavorable al tratarse del *cante flamenco*—e «infundirle un poquillo de cariño y de respeto hacia él».

Pues bien; en vista de lo expuesto, así acerca de mi falta de competencia como sobre los preliminares de tu obra, ¿no te parece, sobrino mío, que el prólogo que me pides con tanto empeño va a resultar «pan con pan, comida de tontos»?.

En fin, allá van cuatro «vaciedades, o ligeras consideraciones», como dijo aquel senador conspicuo a modo de aperitivo de su discurso. Si te parece, a mi ¿prólogo? no le demos más importancia que la que tiene la presente carta particular, respuesta a la tuya pidiéndomelo.

Y ahora, al agua patos.

Por lo que hace a tu propósito, dígame que si no lo consigues, me parece que tú has puesto, con singular acierto y muchísima gracia, los medios todos de que disponías para lograrlo. Mira: de la persona de quien yo menos me fío, sin changüí, es de mí propio; singularmente tratándose de juzgar obras literarias. Y es que debo de andar atortolado. Sin duda alguna navego falto de brújula y no diviso en muchas ocasiones faro por ninguna parte. Versos que algunos críticos más acreditados que las rosquillas de la Tía Javiera ponen por encima del Picacho de Veleta, a mí se me antojan berzas manidas. Novelas recientes, consideradas, por los glosadores de tanda, dignas casi de colocarse en el mismo plano que los Poemas de Homero, me resultan retratos al daguerrotipo, me dejan más frío que botijo puesto al sereno,

y no me atrevo a preguntar al autor, que es conocido, lo que se propuso al escribirla y dónde se oculta el argumento. Por semejante ineptitud o chochez mía, y, a mayor abundamiento, al tratarse, como ahora ocurre, de música, en mucha parte, decidí consultar el caso con el Licenciado D. Víctor Espinós. No llamo Doctor al aplaudido crítico musical de *La Epoca* y *El Debate*, porque es muy modesto y podría tomarlo a pitorreo. Espinós, al volver de un viaje, reciente, durante el cual leyó tus CANTES GRANDE Y CHICO, me escribe devolviéndome las cuartillas:

«A mí me parece una obra de valor folklórico, muy
 »coloreada y muy sentida. Si este autor hubiera reco-
 »gido una docena de *estilos* en música, en notación
 »vulgar, hubiese hecho una antología muy interesante.
 »Así, es una obra literaria llena de garbo y del mejor
 »aire, de estilo suelto, no muy aliñado, pero muy pin-
 »toresco, en cambio.»

Lo mismo opino, punto más, punto menos. Es tu libro ramo de flores campesinas, o de arriates de patio, que no se ofrecen montadas en alambres, sino «con el cabo suyo»; tampoco se presentan envueltos éstos, en papel recortado y sujeto el puñado con cinta de raso. Se ataron con una tomiza, la que, a la luz que centellea en las cumbres de Gibralfaro, parece propiamente, más que tomiza, un cordoncito de oro fino. Las amapolas, las margaritas, los alhelíes y las *claveyinas* de tu ramo, conservan aún en sus corolas—como el estuche la joya—lágrimas de la aurora, espurreo del sereno de nuestras madrugás malagueñas, cuando no se evaporó aún el perfume de «la dama de noche».

Déjate de abusar de los puntos suspensivos: los nacidos allá abajo comprenden bien lo que te dejaste en el tintero; los demás, lo adivinarán, como todo el

que tiene clara la pupila se hace cargo, a la vista de un buen retrato, del parecido, aunque no conozca, ni de lejos, el original que reprodujo el pintor. Hay en tus *cantes* mucho Diccionario y, entre neologismos y acepciones a los que todavía no expidió pasaporte la Academia, imprimiéndolos en la última edición del *Léxico*; material castizo que aceptará, si es que ya no le tiene soleándose en el pasero. Así la nueva significación de «tercio», tratándose de versos. De todas suertes tal o cual palabrita, como *marchoso*, conviene subrayarla por lo pronto, como lo hago. Tú dirás que esto son minucias o «pamplinas pa los canarios», ¿no?; pero acuérdate del granito de mostaza del *Evangelio* y de que con perlas, tamañas la tercera parte de un cañamón, se bordan los mantos suntuosos de las Vírgenes de nuestras procesiones de Sevilla, y de Málaga que aspira a ponerse a su vera.

Tanto sabor tienen algunos párrafos del librejo, que parecen escritos por los mismísimos *cantaores*. Se ha menester, en algunos pasajes, poner puntitos sobre las íes. Los extraños, *verbi gratia*, no se dan cuenta de qué cosa es la *caña*, cante, ni por la referencia que trae de ella el *léxico* académico, ni tampoco por tus tarareos, a mil leguas de una definición. No se me oculta que es difícilísimo definir, casi siempre. Ve tú a explicarle, a quien no lo vió en su vida; lo que es un azucarillo, como se llama en Castilla, y panal, que decimos los andaluces.

Voy en auto, de los buenos, recorriendo las notas tomadas durante la lectura de tus *cantes*: ¡no hay que abusar del lector dándole tabarra «prologuística!»

Gatos y gatas—hay cada Zapaquilda a orillas del Manzanares capaz de convertir a este pobre tío tuyo, con sus dos bastones y las piernas como macarrones cocidos, en maestro de baile—digo que todos

los naturales y muchos sólo vecinos de la Villa y Corte, desde su simpático Alcalde el Conde de Valledano, hasta el tío que vende cacahuetes, tocado de bimba y empujando una locomotora de hoja de lata que echa humo; han de agradecerte el oportunísimo recuerdo que te inspiró este Madrid incomparable.

Originalísimo e interesante me resulta casi todo el Capítulo VIII; singularmente el párrafo en que comienzas diciéndole al «señor José, el de Sanlúcar»: «¡Metiste en tango la política de tu tiempo!» «A la muerte del general Torrijos, creaste uno a la moda liberal.» Ya se entiende que te refieres a tangos y no a generales—más numerosos éstos, en España, que aquéllos. ¿Lo dejará pasar la *Dictadura Civil*?

Considero insuperable—así como suena—tu descripción de la «malagueña», que así conviene, cuadra y pone marco a la música y a las letras de esta clase de coplas, tan populares en toda la Península y en la América española; como puede aplicarse a las mocitas, paisanas nuestras, ¡Dios las bendiga!, de los barrios de la Victoria, de la Trinidad, de Capuchinos, del Perchel y la Caleta.

Al querer espigar, para muestra, un par de coplas en el ancho campo de las que coleccionaste, o has inventado para ofrecérnoslas como ejemplos y regalo, cuando tratas, particularmente, de cada *cante*; he sentido lo que llamaba un intimísimo amigo mío «la preñez electoral», traduciendo del francés la frase troquelada: «l'embarras du choix».

Hay, en efecto, cantares preciosísimos entre los tuyos, y también entre los ajenos, y estoy seguro de que resultaría imposible—si se suprimiese la estrellita que llevan aquéllos, delante del primer tercio—distinguir unos de otros, atendiendo al origen; tanto se parecen por inspiración, sentimiento, gracia y fres-

cura. Ejemplo de ello, y es de los que van pregonando su casticismo, aun sin acompañamiento de la guitarra, el siguiente hondo *gemio* por la *libertá*:

Ni el sudó de mi cara
lo pueo secá:
porque yevo a la espalda, con una caena,
las manos atás.

De saetas es completísima:

«¡Birgen mía de la Esperanza!
Eres el faro que guía,
relusiendo como el oro,
al pueblo de Andalucía.»

Conviene notar cómo en nuestros cantes, el amor se hermana con la propiedad, tratándose de la ropa de la mujer querida, e inventa coplas que rezuman inspiración y hondo sentimiento:

«Te deajo en la calle
y to abandonao.
¡Que no vendas, manque pases jambre,
el mantón bordao!».

¡Qué larga historia de ternuras, de trabajos, de privaciones y de recuerdos se encierra, adherida al corazón, como almeja a la concha, en la súplica referente a la prenda bordada!

¿Y en este otro cantar, por el contraste?,

Te vi a mercaer en la feria
un pañolito de taye,
pa que cuando te lo pongas
jagan palmas en la caye.

¡Sabe a canela
el suspirito
de una mozuela!

¿Quién, con sólo entender nuestra lengua, no se siente conmovido, aunque ignore la música de las «serranas», leyendo tu letra:

Aquel lusero grande
que está temblando,
¿por qué estrella bonita
estará penando?
Que ayá en er sielo
tiemblan las luminarias
también de selos.

En el cante de la trilla nos regalas una copla que es, a la par, explicación y defensa de la tan exagerada gandulería de los andaluces; de su falta de ambiciones, y que proclama en cuatro versos lo poco que hace falta para ser todo lo feliz que es posible en la tierra:

* Un gazpacho de nieve,
una sandía,
la sombra de la parra.
¡Qué güena vía!

Por ser los toros, Andalucía y la guitarra, tan inseparables como las uñas de la carne, *El espectáculo más nacional*, lleva un caudal, como de inundación, al cante flamenco. Coplas enalteciendo el heroísmo de los emperadores del redondel, coplas cantando la muerte de *El Espartero*, o «el entierro que le hizo *Lagartijo* a su mujé», tangos que son casi una biografía hasta con datos económicos.

Véase el que tú recoges a propósito del insigne maestro acabado de mentar:

«Córdoba está orgullosa,
qu'entre sus hijos
tiene a Rafaé Molina
El Lagartijo.

Con la muleta en la mano
no hay torero que l'iguale.
Cobra por matá tres toros
ocho mil quinientos reales.
Yeba tres banderiyeros,
¡señores: de lo mejón!
los hermanos *Regatero*
y Antonio Pérez *El Ostión.*»

El señor José, el de Sanlúcar, tú nos lo cuentas, documentándolo, «mete también en un tango la política de su tiempo». Algo semejantísimo a los romances de cordel...

Si te parece, Pepe querido, vamos a dar aquí un *goyetazo* a la presente carta—prólogo—que va resultando ya cartapacio.

Los cuadros y descripciones que componen tu libro constituyen una exposición completísima de la vida andaluza al aire libre, por la carretera, sobre el trillo, viendo desfilar las procesiones de Semana Santa, junto a la cuna, en la fragua, en el *tablaó*, en el ventorro, en el montañés, en el cortijo, en el patio, en la vendimia, en la serranía y hasta en las profundidades de la mina. Todo ello, referido como quien, dejando a un lado los pinceles, pone sobre el lienzo el color con la espátula; «los nervios flojos como cuerdas de guitarra enfundada».

Se te olvidaron—y yo también, con la prisa por concluir para no moler más a tus lectores, impacientes ya por escuchar el concierto flamenco, iba a dejármelas en el tintero—las *cantaoras* de fogón, las de la aljofifa y la escobilla de enjalbregar, con todas las de cuerpo de casa, lavanderas y planchadoras que, en nuestra tierra, no pueden cumplir con su obligación sin acompañamiento de fandango, sevillanas y malagueñas, cuando no se arrancan también por *jaleos* y *soleares*. Ramón Rodríguez Correa, en su

famosísimo artículo contra el garbanzo, hablando de los muchos males de que es responsable, asegura que, por lo que tarda en guisarse el cocido, y tener que acompañar el *jerbor*, las cocineras, canta que canta; padecen extraordinariamente los pucheros y la poesía lírica.

Y aquí da punto tu tío, que te complace con una boina vieja y llena de pringue, cuando tú esperabas, para echar a la calle tus *cantes*, un sombrero de Polera.

¡Ah!... Te revelas en el libro, como un posible, *verdadero* y castizo novelista andaluz—concretamente malagueño. Venga, pues, un nuevo libro y vaya un abrazo de tu tío, tan ceñido, como las calzas de *sea* de una *bailaora*: Vale.

JUAN GUALBERTO

Conde de las Navas.

De la Real Academia Española.

DEDICATORIA

A D. FRANCISCO BRANDÓN

En menudo lío me he metido, amigo Don Paco, empeñándole mi palabra y atándome con ella a un trabajo que no sé ni cómo empezar; porque es el caso que lo que conozco de estas cosas de *cante*, bulle en mi cabeza sin orden ni concierto, y si algunas apreciaciones hice del primero, fueron a tenazón, cuando vino a pelo, de una manera deshilachada, tan contrapuesta con la trama y el método que un libro requiere, por poco pretencioso que sea.

Nuestro gran amigo Diego Hidalgo, viniendo en mi compañía por cierta carretera andaluza, una tarde de sol en la que el campo olía a trigo maduro; acunados por el vaivén que los tradicionales baches imprimían a la *manola*; saturados de andalucismo y hablando de aquellas fiestas memorables que con nosotros compartió usted en Granada, fué al que se le ocurrió la idea de ordenar y dar a la estampa lo que sa-

bíamos de esto. Yo, pobre de mí, acepté entusiasmado, ignorando el berenjenal en que me metía, y fui dando largas al asunto, mientras Dieguito, por lo visto, acopiaba datos, tomaba apuntes, *leía cosas...* Y así pasaron dos años, quizás tres, y... *se rompió la jarrita pintada.*

Usted, tan bueno y tan andalucista, quiso ponernos de acuerdo; no pudo conseguirlo, y recabó la palabra de este malagueño tumbón, como me llama Diego.

¡Más hace usted tomándome en serio como escritor, que yo garrapateando lo poco que se me ocurra!

Allá va y sea lo que Dios quiera.

Todo confuso, apurado y temeroso de lo que salga, me agazapo detrás de esa sentencia *flamenca*, que tan sin sentido parece y tanto y tanto ayuda a decidirse: *A la tierra güesos y a la mar maera.*

Con usted, Don Paco, choco mi caña y a usted ofrezco el trabajillo. Acéptelo, que también le lleva, sin coba, el testimonio de mi cariñoso afecto y gran amistad.

JOSÉ CARLOS DE LUNA

AL LECTOR

Ya sabes, si has leído la dedicatoria, por qué me colé en estos vericuetos.

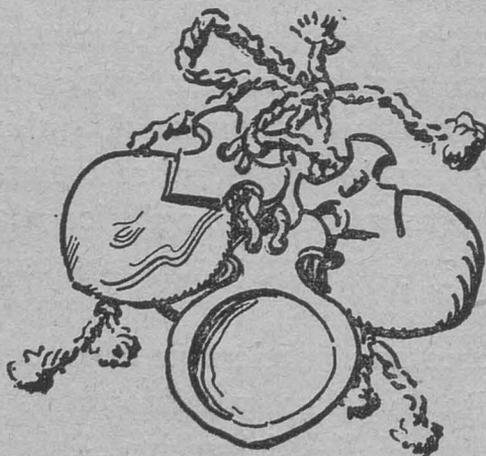
Por modesto que me creas, tengo una pretensión, y ella es la que me anima y la que guía mi mano: hacerte variar de la opinión que seguramente tienes del *cante flamenco*. No sé si lo conseguiré; pero con infundirte un poquillo de cariño y de respeto hacia él, me daría por más que pagado. Créete que se lo merece.

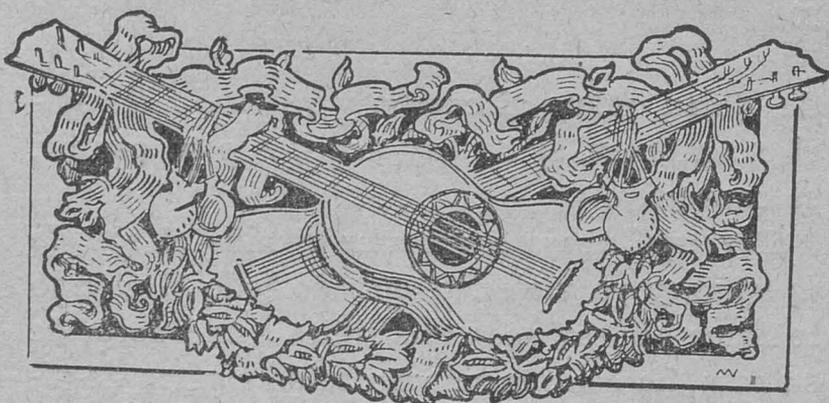
No entiendo de estas técnicas de pluma, y se me antoja que, aunque los cantares leídos dicen poco, por faltarles la música que les da vida, algo ayudan a conocer el ambiente, máxime si, saturados de él, se recogieron. Por lo pronto, alejarán de tu magín los macabros y grotescos que, seguramente, has escuchado y leído.

Te ofrezco una porción de ellos, conservados entre pleita de palma, y salidos unos de mis alforjas y otros de las del vecino. Ahí van, con su peculiar ortografía, que no quiero cambiarles

una letra, ni quitar ni poner, para no alterar el sabor del guiso (1). Cátalo con cuchara de raíz de enebro y no te cuides de dar el paso atrás. Para ti solo es este lebrillito y, aunque no te relamas, apúralo y me harás feliz.

(1) Los que van marcados con una estrellita son de mi cosecha, y algunos ya corren de boca en boca.





I

TEMPLE

- * Quiero vivir en la sierra,
porque me gusta el oír,
cuando despierta la tierra,
el canto de la perdiz
que, celosa, pide guerra.

En esta Andalucía, la luz agranda lo chico y llena de quiméricos relieves hasta los tapiales blanqueados. En esta tierra mía, en la que el sol, tan grande y tan majestuoso, desciende del trono por la escala de sus rayos, para darse la mano con la cal de enjalbegar y poner sobre todas las cosas una vibración de fuego; se habla a gritos, se ríe a carcajadas estrepitosas, se discute a chillidos, y cantando se expresan alegrías, temores, zozobras, cariños, celos, pesares. Se rima el cante con el trabajo, con el regocijo y con las tristezas; y cuando los nervios, flojos como cuerdas de guitarra enfunda-

da, dejan quieto al cuerpo y reposado el espíritu, entonces, si no hay arrestos para cantar, se canturrea.

Por aquí abajo se duerme el niño al son de *la nana*, y ya viejecito, cuando todo el mundo le llama abuelo, saca una sillita a la puerta de su casa, lía concienzudamente un cigarro de picadura, silba al jilguerillo, a la calandria, o a la alondra que en una jaulita, que él hizo, toma el sol a su vera, y le basta el piar del pájaro, el son de un cencerro arriero, el tintineo de una esquila, para, bajito, bajito, *arrancarse* por algo que le recuerde sus años mozos. Si al pasar a su lado le preguntáis: «¿Qué se hace, abuelo?», él os contestará indefectiblemente: «Aquí, canturreando.»

Si por la mañana, a esa hora en que el trabajo es más intenso, paseáis por las blancas calles de los grandes pueblos andaluces que se llaman Morón, Osuna, Jerez, Ronda, Chiclana, Lucena...; o por las de esos otros pequeñitos, agarrados a la serranía o perdidos entre mieses y olivares: Alcalá de los Gazules, Lebrija, Jimena de la Frontera, Grazalema, Coria del Río...; o los costeros: Tarifa, El Puerto, Vélez..., irá vuestro paseo rodeado de vibraciones sonoras que os recuerdan *la siguiriya*, *la serrana*, *el fandango*, *la malagueña*, *el martinete*.

Las herramientas características de los gre-

mios *hacen son*: la chaira del albardonero, el martillo de las herrerías, la cuchilla del zurrador, la azuela del carpintero, la rueda en las cordelerías, el resollar del fuelle en las negras fraguas... Acompasa *el cante* hasta el trajinar del mozo de cuadra, con la almohaza, en las ampulosas nalgas de la fina jaca. ¡Hasta el embebido paso de los caballos camperos, que redobla, minucioso, en las calles llenas de manchas temblorosas de luz y quietas sombras de intenso violeta!

* * *

Por los rincones te metes,
siempre murmurando.

.....

¿Por qué va a ser *el cante* patrimonio de profesionales de *tablao*, de toreros *de rompe y rasga*, de señoritos troneras? Siempre que se habló de él se le añadió, despectivamente, el sobrenombre de *flamenco*; y cuando de él se escribió, se le miró a través de una nube de humazo y vaharadas de manzanilla; se le desarrolló entre una chusma de rufianes y mujerzuelas —manoseada juerga— de la que se destaca un prócer *marchoso* y achulado, que era su mantenedor, y un inglés flemático, sistemáticamente

te enamorado de una *bailaora*. Cuando era preciso cerrar el capítulo, se armaba la bronca, y, trágica o cómica, era el entierro de *soleares*, *siguiriyas*, *polos* y *alegrías*.

Si se habló de la copla andaluza, salió a relucir *la probesita mare*, *el pare ajustisiao*, *el sementerio*, el presidio, *la puñalaita*; y todo esto resultó grotesco, si se tomó en serio; ridículo, cuando algún «fino ingenio» trazó su caricatura.

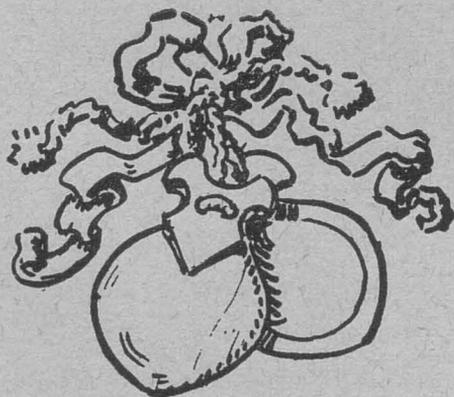
Nadie miró con cariño esta modalidad del pueblo andaluz, a la que el terreno y el ambiente modifican la esencia; que se acomoda al vivir de cada comarca, y que si en una huele a tomillo y almoraduj, en otras trasciende a mosto jerezano y albahaca; si en unos lugares la calcina el aire que caldeó la rastrojera, en otros difunde la frescura de las brisas de la mar; si en esta comarca posee la bravura de las montañas, en aquella está llena de suavidades de playa; si aquí llora la tristeza y monotonía del trabajo en la fragua, allí salta risueña y alegre en medio de los trajines de la vendimia.

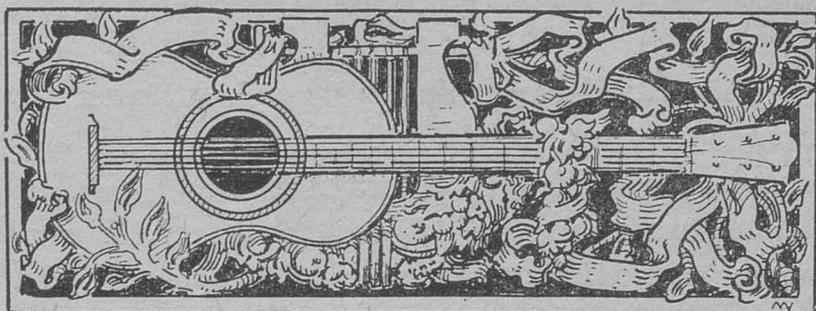
Escritores consagrados utilizaron *los cantares* como grotescos caireles de la España de pandereta, o los diseccionaron con un escalpelo pedantescamente esgrimido, sacando de ellos eruditas observaciones gramaticales; o, con pinzas despuntadas y mohosas, fueron agrupando-

los por series, como si se tratara de cuerpos de química orgánica.

¡Cante jondo! ¡Cante flamenco! ¡Cante andaluz!... ¡Cómo te comprendieron unos y otros! ¡Con qué mal ángel te trataron casi todos! (1).

(1) Por encima de este trabajillo y de estas últimas palabras están la obra inmensa y ajustadísima de D. Francisco Rodríguez Marín y la labor folklórica del Señor Machado.





II

¿HISTORIAS?

Diffíciles son de clasificar estas facetas del pueblo, tan variadas y cambiantes en sus reflejos. Es harto difícil estampar estas manifestaciones que son heraldo y escolta del andaluz.

Desde la liturgia y grandeza de *la Caña*, a la moruna melopea del *Cante de la Trilla*; desde *la Siguiriya*, triste y seria, hasta el pregón del vendedor ambulante; desde *los cantes* en que la guitarra toma parte con floreos y gallardías, hasta aquellos otros en los que enmudece achicada, porque no son poderosos los dedos cuando pulsán las cuerdas, para expresar todo lo que el corazón siente; tantas son las formas que adopta, se ciñe a tantos estados del espíritu, se acomoda a tanto paisaje, se embalsama con tantos aromas; tiene tantos, tantos *trajes de luces*, que resulta casi imposible dar al presente trabajillo uniformidad y orden.

* * *

¿Bucear en los orígenes? ¿Para qué? No estamos documentados y nos perderíamos entre el farrago de civilizaciones orientales.

Vamos a hablar de mi jaca tal como ella es; existe *pura sangre* con un armazón que pide el encuarte para tirar de un carromato cosario, y caballo *garabito*, digno de llevar sobre sus lomos la bíblica opulencia de la reina de Saba.

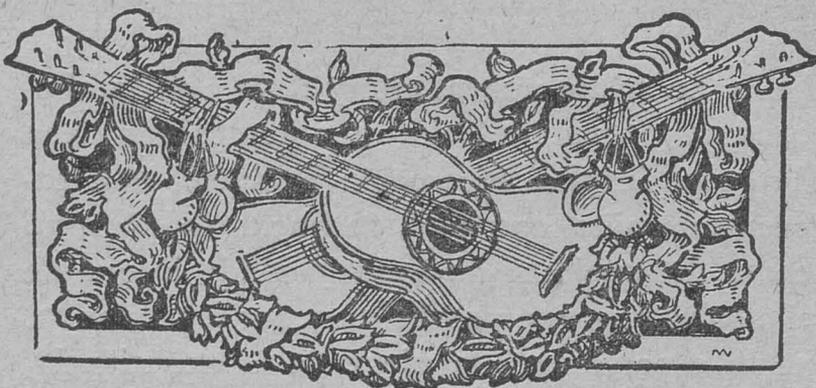
Quiero decir que, achacándole o no una ascendencia milenaria—la tiene, sin duda, pues los ruiseñores se salvaron en el arca de Noé—vamos a estudiarlo tal cual es hoy, sin más requilorios; y para no enmarañarnos ni perdernos en disquisiciones difíciles de contradecir, considerémoslo a partir del momento en que pasó a ser dominio del pueblo y se enjoyeló brillando en tal o cual engarce.

Dejemos aquí unos renglones en claro: que cada cual los llene a su antojo, pegue fuego a su caletre y baraje a sabor civilizaciones asirias y caldeas, medos y partos, familias y razas, si las persecuciones sufridas por unas y otras originaron el primer quejido *jondo*.....

.....
.....
.....

.....

¿Estamos?



III

GENEALOGÍAS

Un triángulo que tenga sus vértices en Morón, Jerez y Ronda, puede considerarse como originario del *Cante jondo*. Hagamos una aclaración respecto a éste: los *enterados*, o que pretenden estarlo, cuando menos, lo dividen en *cante grande* y *cante chico*. Estiman que el *cante grande* es el único digno de tenerse en cuenta y consideran el *cante chico* patrimonio de gritadores y profesionales de pocos recursos; formando dos castas o clases que creen perfectamente definidas y que nada tienen que ver la una con la otra.

Yo niego rotundamente este aserto. Digo más: el *cante chico* es hijo del *cante grande*, y si para éste debemos tener la atención y respeto que su majestad requiere, para aquél no debe abandonarnos el entusiasmo que provoca lo

bello. La solera nueva, cría y llega a vieja abocándose y tomando color; y si una cabeza llena de canas inspira veneración y respeto, una cabecita de niño, coronada de bucles sedeños, no causa desprecio; si no es muy sólido lo que de ella sale, hay que pensar que, por ley de vida, ya la espolvoreará la nieve de la experiencia, trocando en seria la graciosa sesera de chorlito.

Allá por los tiempos de Diego *El Fillo*, *la Javera* y *la Liviana* eran considerados *cantes chicos*, y ya se borraron hasta de la memoria de puro fósiles.

Y como me voy perdiendo, vuelvo a encerrarme en el triángulo de que hablaba al principio. Ven conmigo a curiosear lo que encierra, sin trasponer las lindes que sus lados nos señalan, porque, cuando lo hagamos, van a darnos compañía las amistades que en su seno nos creamos y conviene ganar pronto sus simpatías (1).

* * *

La abuela venerable que se acomoda en su centro y que lo llena todo con su vigilancia caucona, se llama *la Caña*.

Es, sin duda, la manifestación más antigua del *cante jondo*. La guitarra, con su rasgueo

(1) Rehuímos los nombres de profesionales que viven aún—y que Dios les conserve la vida—; pero es de justicia decir que, si así no fuera, estarían estas páginas llenas con el de Antonio Chacón.

serio, ciñe la gama de sus notas a acompañarla solamente; no se atreve a modular una falseta; se siente cohibida, y suena ocultándose tras las amplias sonoridades que en su voz pone la venerable vieja; y cuando, después del *primer tercio*, tiene que lamentarse sola, sin que el cantar la lleve de la mano, lo hace con las dos notas salientes de aquél, repitiéndolas sobreco-gida, casi temerosa.

La Caña entra briosamente, es norma de toda ella, que se mantiene en una constante brillantez, sin otro descanso que el de sus *tercios* segundo y cuarto.

Aun con la grandeza que encierra, resultaría monótona y tal vez, por esa cualidad, deficiente e indeterminada, si no tuviera un estribillo *gallo* y *peleón*, que se llama *el macho*, y que recuerda el primero y cuarto *tercio* de aquélla; pero más vivo, más vibrante, más retador:

Manque toquen a rebato
las campanas del olvío,
en mí no s'apaga el fuego
que tu queré ha ensendió.

Y *el macho*:

¡Viva Ronda!
Reina de los sielos,
flor d'Andalusía.
¡Quien no t'ha visto que se ponga
aquí!

* Cuando quieras tú
vienes a la vera mía;
que de ti no me separan
ni tormentos ni agonía.

Por tu cara,
de coló de rosa fina;
por tu boca de corales,
la gente al verte se para
aquí.

* Ni yendo de condusión,
con sien caenas atao,
pago la mardita arsión
que a mi jembra l'he jugao.

 Mi pena
me mantiene enmudesío,
yorando de noche y día.
¡Jíncame un jierro, morena,
aquí!

* * *

El Polo es hermano menor de *la Caña*, y a ella se parece en todo. Más compuestito y modoso, tal vez por no chafar el terciopelo de su casaquilla de alamares, suprime el *tercio de pelea* que la hermana canta con los brazos en jarra, medio suelto el rodete, dando a su voz ayes que maldicen y poniendo en sus ojos chispas de conjuro.

El mismo *macho* que corteja a *la Caña*, adula a este mocito gastoso y pinturero:

Me van a yamar a mí
 a serví a Dios y al Rey;
 ¿pero apartarme de ti?
 ¡Eso no manda la ley!

Me rebelo
 a no mirarte y hablarte.
 Sin el briyo de tus ojos,
 sin los rayos de tu pelo,
 no hay só.

¡De qué me sirvió er queré,
 ni er pasá por ti quebranto;
 si no habías de ser mía,
 de no haser Dios un milagro!

Mi cariño
 me tiene conmosionao,
 sin sabé lo que me pasa:
 yoro y tiemblo como un niño,
 por ti.

*

El Medio Polo, más honrado, trabaja para vivir; pierde, con el cansancio y el ajetreo de su oficio, arrestos peleones y gallardías de *entrada*. Cuando vuelve a su portalillo, allá en el barrio viejo, nadie lo escolta ni acompaña; y él, entonces, alegra su *tercio de remate* con una *Soleá corta*:

Males c'acarrea el tiempo,
 ¡quién pudiera penetrarlos!

para ponerles remedio
antes de que venga er daño.

Me miras,
y es como si der peyejo
me andaras sacando tiras.

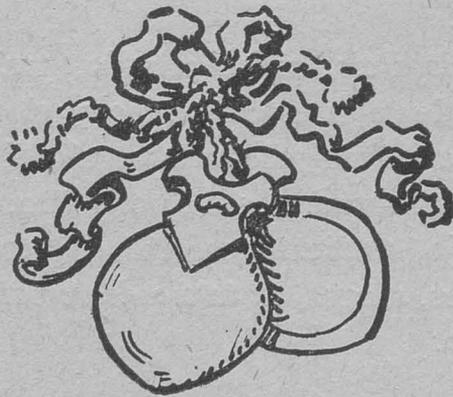
Hasta la paré d'enfrente
tá sintiendo mi doló.
Cuando la paré lo siente,
qué será mi corasón.

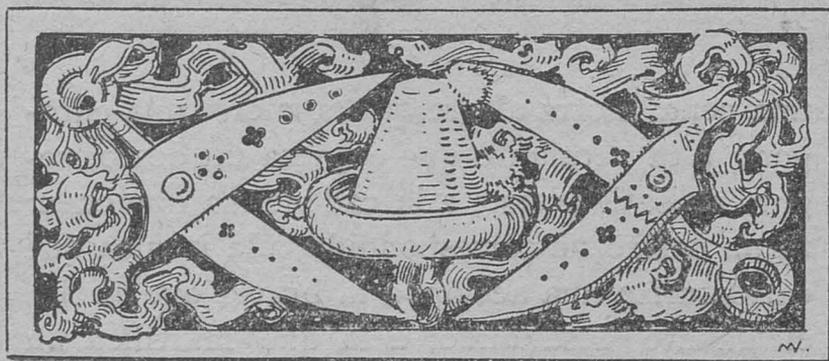
De lejos,
es muy sensiyo reirse
y muy fási dar consejos.

* Te conosí un Jueve Santo;
y al rematá la Pasión,
pa tos tocaron a gloria:
pa mí, a yanto y aflisión.

¡Qué cosa!

A tos aroman las flores
y a mí me pinchan las rosas.





IV

SOLEARES-PETENERAS

Al hablar del *Medio Polo* quedaron en el telar *las Soleares*. No es un cante en singular como los que llevamos vistos, sino en plural: *las Soleares*; indica que dentro del mismo *son*, y sin salirse de la pauta que la guitarra impone, puede cambiarse *el cante* modulándolo de maneras diferentes y haciendo que participe unas veces de la grandeza de *la Caña* y otras de la graciosa inconsistencia de *las Alegrias*.

Es *cante grande*; siquiera la guitarra se atreve a jugar con él, participando de sus gracias y entrometiéndose con falsetas que lanza por cuenta propia, celosa de las galas del cantar y buscando, ansiosa, el *olé* que la estimula y el *piropo* que la enardece.

Las Soleares, por la variedad de sus estilos, se prestan a decir las cosas más contrapuestas: a pasar de una quejumbrosa, que os cuenta

una pena, a otra alegre que envuelve una chirigota; a la petulante que expresa un deseo, seguro de satisfacerse; a la cadenciosa que cuenta un cariño no correspondido; a la irónica que caricaturiza una acción; a la bravía que os tira el guante desafiando; a la que martillea un conjuro...

Es el estilo que más acaricia la garganta del pueblo, porque traduce todos los estados del espíritu, porque calma con su ritmo todas las aspiraciones, todos los temores, todas las bravatas:

Sequito yegué a tu puerta
y me diste de bebé;
aquel favó que me hiciste,
¡Dios te lo pague, mujé!

¡Ay, señó municipá!
Usté no pué comprenderme;
que avisen a un generá.

* ¡Virgen de la Macarena!
Empapa en yanto er pañuelo:
se m'ha muerto mi morena.

Si las columnas del templo
de Salomón se cayeran,
jundieran la catedrá
y hubiera tembló de tierra.

* El tomiyo ha floreció.
Su fló se yevó el aroma
der queré que te tenío.

* ¡Repica ya, campanero!,
porque el «Niño de l'Almona»
ha estrenaíto sombrero.

* Tengo un gayito pintao
que al gayo de mi vesina
me lo tiene acobardao.

* ¡Sal afuera, si te atreves;
la punta de mi navaja
va publicá lo que eres!

Te tengo yo compará
con el correo de Vélez,
qu'en cayendo cuatro gotas
se le mojan los papeles.

¡Mis fatigas son mortales!
¡M'encuentro con un camino
con dos vereas iguales!

Si te casas, yo me caso;
si te queas mosa, yo moso;
te metes a religiosa,
yo me meto a religioso.

El queré quita el sentío;
lo digo por esperiencia,
porque a mí me ha susedío.

Lo que he visto esta mañana:
una gayina en la torre
repicando las campanas.

Los pajaritos y yo
nos levantamos a un tiempo:

ellos, a cantarle al alba;
yo, a yorá mis sentimientos.

* En tu balcón ha colgao
su nío una golondrina
y su capote un soldao.

* Anoche vi relumbrá
una cosita en el río
que me puso a cavilá.

El que vive, como yo,
con la esperansa perdía,
no es menesté que lo entierren,
que enterraíto está en vía.

Quise cambiarle, y no quiso,
una falda de lunares
por otra de percal liso.

A mí se me importa poco
que un pájaro en l'Alamea
se pase de un árbo a otro.

* A Pepe *el Conosedó*
se le ha muerto su cabayo
de un pajolero doló.

* A mí me importa un comino
que no quieras darme tapa
si no me niegas er vino.

Mira lo que andan hablando:
sin tené naíta contigo
tos nos están criticando.

* No me digas ná:
que cuando tú vas yo vengo
y no me pués engañá.

Empeñé la capa,
el reló con su caena,
el sombrero y la petaca.

* Un jerraero es tu casa:
va en el corasón marcao
to el que por tu caye pasa.

* Dígale usté a mi Rosío
que estoy por eya enjaulao,
que vele por mi apeyío.

Por un trompesón que di
la gente me murmuró.
¡Otros trompiesan y caen
y no los murmuro yo!

* * *

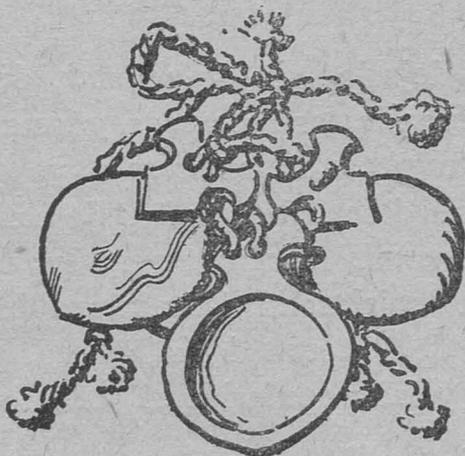
Por no dejarlas sin mencionar, dediquemos unos renglones a *las Peteneras*, y las encasillaremos en el capítulo de *las Soleares* ya que tienen con ellas sentimentales puntos de contacto. No son *cante grande* ni *chico*; pero les dió vida y nombre la espiritualidad andaluza de una mujer guapa de Paterna de la Ribera, pueblecito de Cádiz, y las popularizó el juncalismo de su inventora.

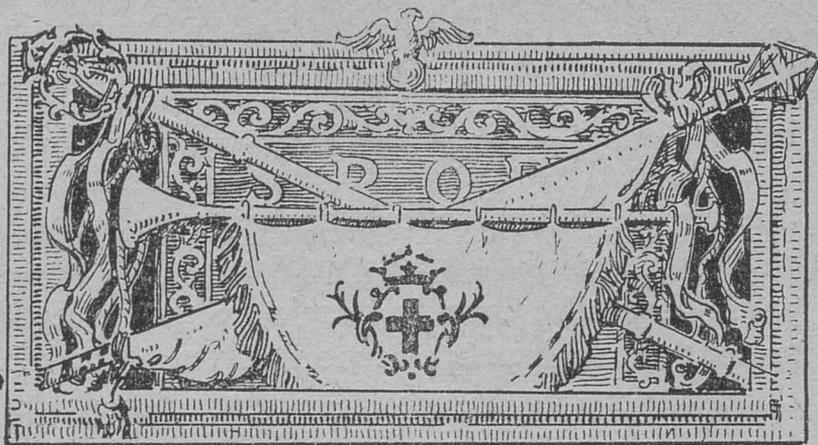
El Punto de la Habana y la canción popular de

el Paño moruno (?) son los únicos ascendientes de *las Peteneras*. No pueden probarnos su limpieza de sangre, y no seré yo quien las apadrine en su intento de cruzarse de *cante jondo*.

La Petenera se ha muerto
y la yevan a enterrá;
en el panteón no cabe
la gente que va detrás.

Y con esta copla, que cierra el sin fin de ellas dedicadas a *la Petenera*, cerremos nosotros el capítulo y unámonos al duelo que dejó bajo tierra a aquella mujer bonita, y con él olvidemos el recuerdo de tal *cante*, que gozó unos días del favor de un pueblo novelero y enamorado.





V

SEGUIRIYA - SAETA

La Siguiriya. Siempre que la nombran le agregan el calificativo de *gitana*: *la Siguiriya Gitana*; a fin de distinguirla de otra *seguidilla corta*, muy en boga durante el siglo XVIII, que se cantaba para acompañar un baile, más castellano que andaluz, y que, por estas tierras, soltó la capa de paño de Béjar, y así, más suelta, más airosa y ganando un *tercio de entrada*, se convirtió en *la Toná*.

La Siguiriya Gitana es triste, casi lúgubre: como el lamento lleno de modulaciones en las que toma tanta parte como la garganta el corazón, que, con la pena, hace que terminen, las primeras, en hipos de llanto.

En boca del gitano de raza, os habla de persecuciones, de miserias, de paradas tristes a la

polvorienta sombra de las chumberas, sin pan que llevar a la boca; de crueldades de guardas jurados, de sedientas conducciones de presos, de haraposos *churumbeles* que ven alejarse al padre esposado, entre la pareja de civiles, con los ojitos secos y las carnecitas temblorosas; *churumbeles* que enseñan el vientre hinchado por debajo de la rasgada camisilla de lunares y se rascan la pelambreira dura con manitas crispadas por el odio y la desesperación. Cárceles como establos, de pueblecillos; anchurosos patios verdinosos de presidios, por los que pasea cruel y altivo el cabo de vara...

En estas *siguiriyas* es donde salen a relucir la *maresita vieja*, el *paresito*, los *celosos quereres*, y la *puñalá*; pero no causan risa: llenan de lágrimas los ojos, porque pasan por delante de ellos, en procesión macabra, el hambre, el desprestigio, la humillación y la muerte.

* Ni el sudó de mi cara
lo pueo secá,
porque yevo a la espalda, con una caena,
las manos atás.

* ¡Por la Bigen der Carmen!
¡Agua, por favó,
que venimos desde esta mañana
abrasaos de só!

* Tengo yo una pena
que me hase yorá:

la de ve a mis hijos sin pare,
con hambre y sin pan.

* Los celos me ajogan.
¡Mardito er querél,
¡que pone en mi mano la navaja abierta
y a ná se atrevé!

Ve y dile a tu mare
qu'esté reposá;
que tu ropa junta con la mía
no se va a lavá.

* Nadie de este mundo
te quiere mirá.
Anda y vete debajo de tierra
si tiés dirnidá.

Como a cosa propia
te miro yo.
Pero quererte como t'he querío,
eso, se acabó.

A canela y clavo
me hueles tú a mí.
Al que no le huelas a clavo y canela
no sabe istinguí.

Ni yo sé quién eres
ni malo he hablao;
las malas lenguas que andan por el mundo
te lo han levantao.

* Ni el rancho me sabe,
ni lo pueo tragá;
porque la pena tiene mi garganta
seca y apretá.

* Tó er mundo e rodiyas:
Dios está pasando;
va a yevale a mi mare consuelo,
qu'está agonizando.

* La gente te píe
riqueza sobrá;
yo sólo te pido, Paresito mío,
salú y libertá.

* Liao en mi manta,
tumbao en el suelo,
pienso en tus ojos y en tus piños blancos
y así me consuelo.

* Te deajo en la caye
y to abandonao.
¡Que no vendas, manque pases hambre,
el mantón bordao!

* Se murió mi vieja.
¡Que solo me queo!
¡Ya no tengo quien planche mi ropa
ni me dé consejo!

* * *

Como es la copla de las penas por Semana Santa, cuando la Virgen de los Dolores viste su manto de luto y, con la cara llorosa y las manos de azucena cruzadas sobre el corazón traspasado, va en las andas de plata y de oro, entre fulgores de luces y cabrilleo de joyas, tras de su Hijo muerto en la cruz; *la Siguiriya Gitana*, perdiendo muy poco de su estilo, cede el ritmo a *La Saeta*, que dice las penas de la

Madre de Dios, que cuenta los padecimientos del Señor, que maldice a sus verdugos. En toda la liturgia de la Iglesia no se halla música sagrada que, como ésta, conmueva al pueblo; porque con la misma voz canta, entre incienso, los pesares de un Dios Hombre, que, entre azahares y jazmines, *las ducas de los probes*:

* Er cuerpo yeva doblao
por el peso de la crú,
y los sayones asotan
su cara yena de lú.

* Yegó a sudá sangre pura
de pasá tanto quebranto,
y tomó el coló der lirio
su cuerpo de marfí santo.

De las flores más bonitas
voy a jasé una corona,
pa ponérsela a María,
hermosísima paloma.

* La Verónica bendita
la carita te secó,
y se queó en la tobaya
pintá con sangre y sudó.

* Por envidia te asotaron,
por orguyo te prendieron,
y tus ropas los sayones
aluego se repartieron.

* No aflijas con tu quebranto
esa cara tan bonita:

que mañana es Viernes Santo
y el sábado resusita.

En la caye e l'Amargura
Cristo a su Mare encontró:
no se pudieron hablá
de sentimiento y doló.

* ¡Bigen mía de la Esperanza!
Eres el faro que guía,
relusiendo como el oro,
al pueblo d'Andalusía.

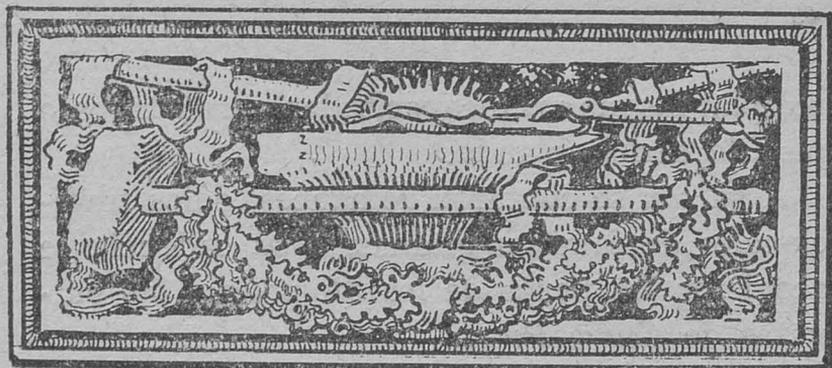
* ¡Señor que todo lo puede
y que a to te has sometío!,
cuando na más con quererlo
jases porvo a los judíos.

Pilato, por no perdé
er destino que tenía,
firmó sentensia crué
contra er Divino Mesía.
¡Lavó sus manos despué!

* De tus ojos d'esmerarda,
por tu carita de só,
chorrean, como luseros,
las lágrimas der doló.

* Lo degüelves a Pilato,
yeno de mala intensión.
Así ha queao tu nombre,
¡Caifás!, como mardisión.

¡Mirarlo por donde viene
er mejó de los nasíos!
Los ojos esparpitaos
y el rostro descolorío.



VI

MARTINETE — LA DEBLA

Cante clásico de gitanos andaluces es *el Martinete*.

Parece tener su origen en la fragua, a cuyo acompasado trabajo ciñe su ritmo.

No necesita del acompañamiento de guitarra. El martilleo en el yunque fué la prima que les compuso la falseta, y el bordoneo lo simuló el resollar del fuelle. Las rojas y azules llamas que lengüetea el hierro, quemando, llagándolo, este cante triste y monótono, que sale de la negra boca de la herrería, torturado y jadeante, y que sólo engalla la greñuda cabeza cuando el aire fresco de la calleja le da en el rostro y calma sus pulmones abrasados la primer bocanada que, con fruición, absorbe. Sigue luego arrastrando sus *tercios*, y cierra el último con una lamentación que modula el dolor al con-

templar las manos incapacitadas por el trabajo para la caricia blanda.

A su *son* se contaron romances, odios tradicionales de familias gitanas; a su cadencia se acogieron las penas de *los Montoya* y las bravatas de *Curro Puya*.

El Martinete más conocido es el llamado *natural*. Toman parte en su cante, muchas veces, varias personas que alternan en los *tercios*, bien improvisando, bien siguiendo la letra de una leyenda.

* * *

El Martinete redoblao: ya lo describe el sobrenombre. Es más largo y florido, por decirlo así, que *el Natural*, recordando mucho *la Caña* en la entrada. Tiene también su *macho*, que lo compone una repetición del *tercio* último, precedido de una *frase*, en distinto tono, para hacerlo resaltar.

* * *

Existe—existió, mejor dicho—un martinete de martinetes; una quintaesencia del *cante jondo* que se llamó *la Debla*; de tanta dificultad, de una modulación tan sostenida, de unos *tercios* tan duros de ligar, que no hay ya quien la cante.

Yo la oí sólo una vez por boca de una gitana vieja, que a pesar de gallos y destempladuras me sobrecogió, haciendo resaltar la magnificencia de este *cante*, sólido como tallado en gra-

nito, más calado que peineta de carey, señorial como una mantilla de blondas, con más filigranas que arracadas cordobesas... Es el retablo maravilloso ante el que doblan la rodilla y humillan la cabeza los demás cantes, y ante el cual la misma *Caña* se siente empequeñecida, aunque orgullosa si piensa que lo crió a sus pechos.

La Debla es ya una ruina. Para escucharla, más se necesita de imaginación que vuele que de oídos a *paso castellano*.

¡Dentro de poco, la reja de los modernos gustos arará tus recuerdos y las algarabías del *jazz-band* sembrarán de sal el campo de tus cimientos!

Desgrasiao de aquel que vive
y come pan de mano ajena,
¡Siempre mirando a la cara
si la pone mala o güena!.

¡Mare mía de mi alma!
¡Pare mío, qué vergüensa!
Que los gitanos se enteren
que tengo la fragua en venta.

* Nadie diga que es locura
esto que m'está pasando;
que la locura se cura
y yo estoy agonizando.

* Ni el oló de l'arbahaca,
ni la frescura der río,

tiemplan el fuego que tengo
dentro der pecho metío.

Aquer que diga que no,
que mis penas no son ná,
manque sea por un momento,
que se ponga en mi lugá.

* Como er pájaro enjaulao
que miente con su alegría,
canto entre rejas de jierro
con la libertá perdía.

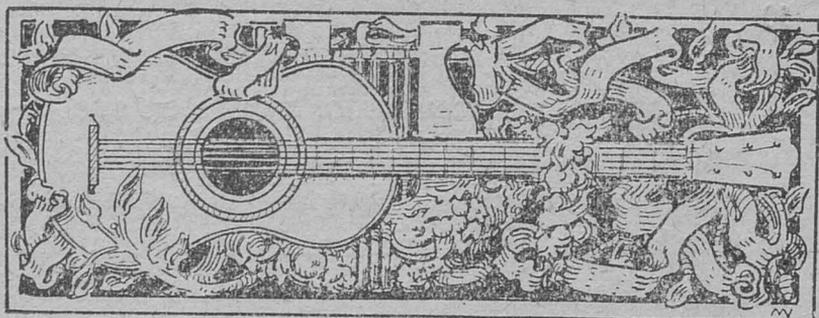
* Semos los probes gitanos
más probes que las alondras:
civiles y casteyanos
mos niegan hasta la sombra.

Veintisinco calabosos
tiene la cárse de Utrera.
¡Veinticuatro he recorrió,
y er más oscuro me quea!

Mí me yaman *Curro Puya*
por la tierra y por la má;
y en yegando a una taberna,
«La piedra fundamentá».

* Veinte años a la sombra
estuve por tu cariño.
¡Y ahora salgo encanesío
y endeblito como un niño!

Yendo yo de condusión,
jicieron una pará:
comen y beben los guardias,
¡y a acá no mos dieron ná!



VII

DESCIENDEN DE LA CAÑA

No tuvimos, realmente, que movernos mucho, dentro del triángulo descrito, para trabar amistad con los *cantes* expuestos. Todos ellos tienen una personalidad definida y todos gallardean por cuenta propia, sin cuidarse de ocultar su descendencia de *la Caña*. Verdad es que «el que a los suyos se parece, honores merece». Pero es curiosísimo analizar cómo se van deformando poco a poco, conforme se alejan de su centro, y cómo van adaptándose al carácter de la gente que los atrapa, a los ruidos que de ordinario les rodea, hasta a la luminosidad y topografía del pedazo de tierra que los aposenta.

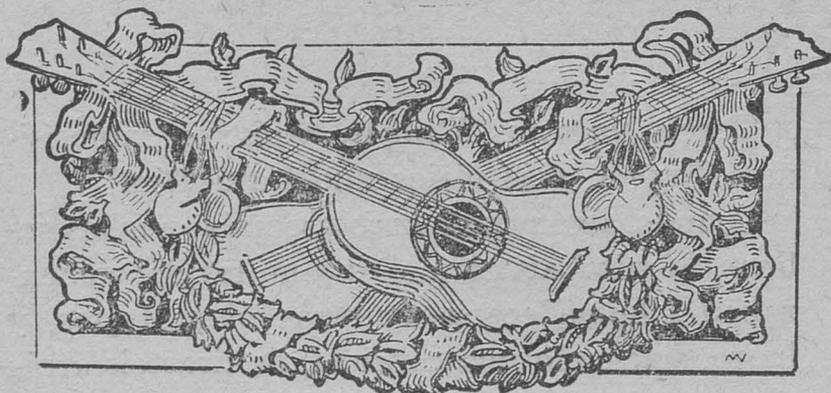
El profesional, lleva al *tabla*, al escenario, al garito o al ventorro, lo que aprendió de viva voz en la cortijada, en el lagar, en el molino, entre pueblo ocioso o trajinero; y aunque es gente que, por venir de aquél siente a la

par del mismo, descentrado, pierde en sus pechos el calor que les dió vida; los entretejió la libertad del campo, la serenidad serrana, las brisas playeras, o se forjaron al calor de la desgracia, de la miseria, del tormento.

¿A qué sabrá una copa de vino de Borgoña que pretenda paladearse a las nueve de la mañana, junto a un puesto de *calentitos*, en la plaza del Potro, de Córdoba?

Vamos a echar nuestro *barquito* en su propia salsa; y por meternos con más facilidad por caminillos tortuosos o a campo traviesa, hagamos las jornadas a caballo, que tengo yo uno que se llama «Farolero» y no lo pintan pintores más apañado para este menester. Voy a mandar que lo ensillen, mientras abastezco las alforjas; ataré el chaquetón con la manta estribera, que el relentillo madruga y diablea hasta que el sol lo acalla, y echémonos fuera de Jerez, por la carretera del Puerto, que vamos *a matar el gusanillo* en la «Venta del Cuco».

Si eres mujer, súbete a la grupa de mi jaca, que yo te llevaré orgulloso de tu cara bonita y tu cuerpo mimbreño; y si eres macho, te prestaré un caballo tranquilo, que no altere con sus nervios el reposo de los tuyos. Monta en él y vente a mi vera.



VIII

TANGOS - CARACOLES - GUAJIRAS - BULERIAS

Hemos llegado al rincón menos serio, a Dios gracias, de Andalucía Baja.

Aquí, esa virtud es patrimonio de montañeses y de tal cual contramaestre de la Armada, de origen norteño, que ya *caerá* con alguna gaditana y se afeitará la barba.

¡Puerto de Santa María! ¡Puerto Real! ¡La Isla! ¡Sanlúcar!... ¡En vosotros no cabe la tristeza! Aquí no comprendéis *la Caña*, ni *las Soleares*, ni *las Siguiriyas*... ¡Ni falta que os hacel.

Rebosáis de alegría. Por todos lados recibís la caricia del vientecillo cargado de sal.

Vuestro trabajo es bonito y corto, porque por un real os llenan la andorga de pescao frito, y la manzanilla abunda más que el agua dulce.

En el resto de Andalucía, todo se expresa cantando: aquí, cantando y bailando

Tenéis vuestros *Tangos*, vuestros famosísimos *Tangos*, más viejos que Matusalén.

Cuando algún *cante serio* asomaba por las salinas, lo mirábais cara a cara un ratillo; comenzaban a humedecerse vuestros ojos alegres, y luego, haciendo una cabriola, os tirasteis atrás el castoreño de catite y, volviéndole la espalda, lo metisteis por vuestro alegre son de *tangay*.

Como todo lo que quiso pararse en estas floridas rejas voladizas se acomodó, por fuerza, a vuestra manera de ser, tenéis sabor de todos los cantes. Sabéis a *Cañas*, a *Martinetes*, a *Solleares*; de la Seguidilla salió *la Toná*, que se baila; taconeáis *el Polo*; vosotros, con Jerez, creasteis *las Alegrías* y *el Jaleo*.

Han robaíto una mora,
y a España se la trajieron,
y en la pila del bautismo
Romerita le pusieron.

Eres delgadita y alta
como junco de ribera,
y entre todas las del barrio
tú te yevas la bandera.

Anda, salero,
traes de cabeza
al mundo entero.

* Reluse como la plata
el portal de tu casiya;
pero, dentro, a las escobas
se las come la poliya.

* Tu novio se va de *naja*;
que es mucho novio tu novio,
porque tu novio se *raja**
cuando le hablan de casorio.

Mira, qué pena,
pelito rubio,
cara morena.

Si tuviera una naranja,
contigo la partiría;
pero como no la tengo,
¡esa es la ruina mía!

Si vas andando,
rosas y lirios
vas derramando.

A la oriyita der río
está yorando Manué:
¡que al agua se l'han caído
pluma, tintero y papé!

¡Bonita eres!,
como la reina
de las mujeres.

* Yorando está un montañés,
que dicen que l'han robao,
de debajo de un ladriyo,
un reá que tenía guardao.

Si fuera rayo de luna,
por tu ventana colara,
p'andando muy despasito
yenar de plata tu cara.

Eres bonita,
y es una pena
que estés mosita.

- * Quisiera ser el candil
que cuelgas de tu basar,
pa velarte en tu dormí
y alumbrá tu despertá.
- * Si me volviera paloma,
¡qué gustoso viviría!,
porque dentro de tu pecho
mi nido yo formaría.
En él entrara,
y en tu corasonsito
me aposentara.
- * Te vi a mercar en la feria
un pañolito de taye,
pa que cuando te lo pongas
jagan palmas en la caye.
¡Sabe a canela
el suspirito
de una mosuela!

* * *

¡Paco *El Gandul*! ¡Si es verdad que tu poco rejo te valió el apodo, no por nacido en la aldeíta del término de Alcalá de Guadaira, te sobraron nervios para darlos a los pausados *Carracoles* del señor José «el de Sanlúcar»! Pueden decirse tuyos los alegrísimos que hoy conocemos, más movidos que azogado; con ardores de pimienta; en sazón, por obra sobrenatural, como las *bocas de la Isla*; redondos de estilo; sobrios, por marismeños.

El terceto o quarteto con que comienza la

letra se canta con grandeza de *Caña*; tiene aroma y sabor absoluto de *cante jondo*, de *cante grande*. Sigue luego desgranándose, regocijada y zumbona, sin alardes ni *florituras*; pero a su comedio se cansa, porque sí, de la igualdad de su marcha; se para en seco, mira al cielo azul, abre los brazos y dice un *tercio* tan apasionado, tan candente, tan convencido de su gracia, tan bonito, tan bonito, que él solo basta a dorar la gandulería de Paco.

El estribillo de este *cante* es el que le da el nombre, y pudiéramos decir que es una especie de patrón de los famosos tangos gaditanos.

* Voy a la vela;
 Hay toros en El Puerto,
 voy a la vela;
 mojándose la borda
 va mi «MANUELA».
 Por el camino
 va de jarana
 toa la afisión de Cái, de San Fernando
 y de Chiclana.
 ¡Cuántas mujeres!
 Aquí yegan sus risas,
 entre trayazos y cascabeles;
 mientras mi barca, con la marea,
 como un palomo fino se contonea.
 Tome usted sesenta reales
 y vengan dos delanteras,
 que pa eso estoy en metales:
 pa gastarlos con usted.

¡Vamos, que esto está que jierve!
 Sarvadó Sánchez *Frascuelo*,
 Manué Garsía *El Espartero*,
 y el mejón, que es Rafaé.
 ¡Caracoles, caracoles!
 Mosita, escúcheme usté:
 Son sus ojitos dos soles:
 ¡Vaya bonita y olé!

¡Se va a quemá!
 ¡La Isla está ardiendo:
 se va a quemá!
 Los de la Carraca
 la apagarán.
 Aquí traigo esta levita
 pa usté, que gasta castora.
 És prenda que da la hora;
 si se güerve der revés;
 se le quitan las solapas;
 póngale un cueyo bonito:
 parecerá un señorito
 en vestío de francés.

¡Caracoles, caracoles!,
 Mocita, escúcheme usté:
 Son sus ojitos dos soles:
 ¡Vaya bonita y olé!

* ¡Cómo te quiero!
 ¡Chiclanera bonita,
 cómo te quiero!
 Pa mí es la caye tuya
 er mundo entero.
 Ya ha amaneció, ya ha amaneció;
 los pescaores tos han salío.

Han apagao «el Telescopio»,
 porque se vá viendo claro;
 no le paresca a usté raro
 que se duerma el montañés.
 Vámonos pa «Puerta e Tierra»,
 que ya han tocao la diana
 los solchis de mala gana,
 hoy lo mismito que ayé.
 ¡Caracoles, caracoles!
 Mosita, escúcheme usté:
 Son sus ojitos dos soles:
 ¡Vaya bonita y olé!

* ¡Pesca de estero!
 Arréglate, presiosa,
 que es día de estero.
 ¡Sapatillas y lisas
 pa er mundo entero!
 Atraco, atraco
 de madrugá
 en el embarcaero del «Mueye Viejo»
 de Puerto Reá.
 ¡Salta, mosuela,
 manque digan que a bordo
 yevo candela!
 Porque tú eres
 la envidia pura y negra
 de las mujeres.
 Ponte el mantón filipino
 pa que se entonte la gente;
 es día de sambra y vino
 y estreno chupa bordá.
 Va mi barca pintá de nuevo,
 y en la proa yeva faroles

con cristales de tos colores,
 que parecen una velá.
 —¡Caracoles, caracoles!
 Mosito, ¿qué dise usté?
 —Que son sus ojos dos soles.
 Dios la bendiga y ¡olé!

Y estas letras, unas veces llenas de pique y de gracia, otras ufanándose y presumiendo de espíritu piropero, se dejan traquetear o mecer por el son bonito de una musiquilla que no consiente que se prendan en los faralaes de su pomposo vestido ni tristezas ni amarguras, ni congojas ni suspiros de pena.

Los Caracoles echan a volar su fantasía por la brillante marisma y pican de los pueblos blancos las alegrías, los ruidos de feriales, el chillerío desgarrado y provocativo de salineros y pescadores, el sonoro martillar de los calafates de chozajo y acordeón, el trompeteo constante de soldaditos y marineros. Y si se disfrazan de serios y formalotes en algunos *tercios*, asoman su cara de pilluelo de playa por entre el corbatín de raso que los ahoga y el sombrero de copa que se les cuelga hasta las orejas.

Encontraron en la alegría del pueblo madrileño una acogida cariñosa, y tantas letras de allí cantaron a su *son*, que hubo quien los creyó de nacimiento *gato*. Tan bien se acopló a su

garbo la calle de Atocha, la reluciente calle de Alcalá, las fuentes tradicionales de la Cibeles y la Alcachofa, el «Café de la Unión»...

A Madrid los llevaron los banderilleros de *Curro Cúchares* y *El Tato*, y en Madrid aguantan a pie firme en la calle de Sevilla el soplo del Guadarrama, embozando sus cuerpos toeros en la pañosa con vueltas de veludillo carmesí.

¡Manuela Reyes!
 ¡Antes de que te olvide,
 Manuela Reyes,
 se secará la fuente
 de la Cibeles.

.....

¡Cómo reluce!
 ¡La calle de Alcalá,
 cómo reluce;
 cuando pasan por ella
 los andaluces.

.....

¡Calle de Atocha!
 ¡Cómo brilla tu suelo,
 calle de Atocha,
 cuando lo riega el agua
 de la «Alcachofa»

¡Vámonos!, ¡vámonos!,
al «Café de la Unión»,
donde paran Curro Cúchares, El Tato
y Juan León.
¡Eres bonita!
El conocimiento la pasión no quita.
Te quiero yo.

.....
.....

¡Caracoles no son castañas!
Dame otros cuartos, precioso,
porque estos están roñosos
y yo soy muy delicá.

¡Caracoles, caracoles!
Mocita, escúcheme usté.
Son sus ojitos dos soles:
¡Vaya bonita y olé!

* * *

Antonio *El del Lunar*, con tus tangos de «La Vieja Rica»; tan graciosos, tan castizos, de tanto ritmo; que escuchándolos revolotean las manos para *hacerles son*, cuando no los pies para *marcarlos*.

Las fiestas de mi tierra
son de canela.
Está el Ayuntamiento
de norabuena.

Van a hacer un puerto chico
y una fuente luminosa;

y el barrio de Las Canastas
s'alumbra con mariposa.

Cien cañonazos por día
disparará «Bocanegra»;
Pué sé que al primer tronío
se junda «Puerta de Tierra».

Y a mí m'ha dicho mi tío
que en el barrio del Balón
van a hacer un monumento
pa poné a María Bastón.

.....
.....

¡Con el ay, caray, caray!
¡Mirusté qué fiestas
va a haber en Cáí!
Luego, qué jambre
se va a pasá.
¡Ay, caray, caray, cará!...

Tangos clásicos. Sin los absurdos descoyuntamientos de las mestizas *Farrucas* y *Garrotines*, engendros desafortunados de pravianas y gallegadas.

¡Juan *El de la Isla!* ¡Manolito *El Salinero!*
¡Enrique *El Mellizo!*...

Córdoba está orguyosa,
qu'entre sus hijos
tiene a Rafaé Molina
El Lagartijo.

Con la muleta en la mano
no hay torero que l'iguale.
Cobra por matá tres toros
ocho mil quinientos reales.
Yeba tres banderiyeros,
¡señores, de lo mejón!:
los hermanos *Regatero*
y Antonio Péres *El Ostión*.

Cuatro casas tengo en Londre,
que me las dejó mi tía.
Me rentan cuatro miyones,
en dinero, tos los días.

He jecho un abujerito
pa *endicá* la má;
desde el que yo me dibierto
viendo los barcos pasá.

Cuando veo unos ojos negros,
negros, negritos, como mi suerte,
yo no sé lo que me pasa:
siento calambres de muerte.

El vesino del tersero
a mí me mira con seriedá,
porque dise que yo tengo
con la vesina amistadá.

Ustedes son blancos,
ustedes s'entienden.
Hagan sus combinaciones,
¡caramba!,
y a mí no meterme.

* * *

Cuatro chafarrinones de almagra, otros de corcho quemado y unas gayas percalinas uniformaban vuestros cuerpos que, agrupados en lo alto de un carricoche, componían *la Comparsa*. Tres velocísimos días de Carnaval popularizaban vuestras coplas para todo un año, cuando menos, que algunas cuentan más del siglo, sin perder por ello, al recordarlas hoy, su jugoso salero.

«¡Los serios!» «¡Los *antiguarios!*» «¡Los cazadores!» «¡Los contrabandistas!»... De «Los siete niños de Ecija» es aquella famosa letra de presentación; tan absurda, tan colorista, pero de ritmo incomparable si la oyerais *metida en son* y acompañada al *chacarrá* de los ralladores y a la algarabía *matemática* de los sonajeros de hoja de lata:

Migueletes y soldaos,
que nos persiguen sin tregua,
estarán hoy acampaos
a lo menos media legua.

Según nos dise un espía,
algunos más serca están,
formando una compañía
con su bravo capitán.

Si despresiando la vía,
s'asoma algún miguelete,
le dará la bienvenía
las bocachas de Los Siete.

¡Comparsas de Cáii! Muy tempranito el Do-

mingo de Carnaval os echábais a la calle con vuestros abigarrados disfraces y oliendo a aguardiente. Justificábais el madrugón con aquello de «La Murga Gaditana»:

Somos, señores,
unos buenos amigos,
que a divertirnos
estamos desididos,
a pasar las incomodidades
y a partirnos las utilidades.

Luego..., en la triste mañana del Miércoles de Ceniza, algún mascarón trasnochado, dando bandazos camino de su cuchitril, canturreaba la coplilla comparsera, que con él dormía *la mona*, para, remozada el Domingo de Piñata, entregarse al dominio público.

* * *

¡Señor José, *El de Sanlúcar!* Tu *Mirabrá* salía al encuentro de los que, emigrados a tierras de América, volvían vencidos o triunfadores, enjugando las lágrimas de aquéllos con su chispa y acibarando una *mijita* el regodeo de éstos, con sus risueñas caricaturas.

¡Metiste en tango la política de tu tiempo!
¡A la muerte del general Torrijos creaste uno a la moda liberal, que bautizó tu pueblo con el nombre del caudillo! Después lo cantó Romero *El Tito* y, a última hora, a su *son*, en

boca de *La Juanaca*, sirvió de sudario a las regocijadas milicias nacionales, tan olorosas a pólvora vieja y a vinillo nuevo.

¡Tangos! ¡Tanguillos gaditanos! ¡Sois tantos! Cantáis todas las ridiculeces, todas las grandezas, todas las chirigotas, todas las historietas de vuestra patria chica, sin que os imponga respeto lo serio o lo trágico.

¡Con todo os metéis! ¡De todo os reís! Que si alguien os regaña, con encoger los hombros, guiñar un ojo y cantar aquel estribillejo:

De la niña, ¿qué?
 ¡De la niña, ná!
 ¿Pues no dicen que...?
 Eso dicen; pero ¡ca!,

estamos al cabo de la calle.

* * *

Las Guajiras, con su dulzonería y su textura mantecosa de pulpa de guayaba, tomaron tierra en las escalerillas del muelle gaditano; echaron sobre su camisita de colorines la bata de cola de pato y cruzaron su pecho cobrizo con una manteleta de puntillas, sustituta del pañuelito chillón; prendieron en su pelo negro, brillante de aceite de coco, unos claveles reventones, y se dejaron mimar por el punteado *tanguero*; pero su calmoso ritmo necesitó de los compases reposados del *Tango* serio, y, ta-

coneándolo pausadamente, se crearon una simpática personalidad *flamenca*.

Eres más fea que Picio;
 más mala que Barrabás;
 más negra que Satanás,
 el que está en Santo Dionisio.
 Tú tienes malos juicios;
 las narices muy abiertas,
 como un becerro acosao;
 tú tienes las patas tuertas,
 tú andas de medio lao.

¡Eco!
 Yo tengo un chaleco.
 ¡Eco!
 Con siete botones.
 ¡Eco!
 Que yo me lo pongo
 cuando tú no te lo pones.

* Ayer yegué de la Habana
 con el petate vasío.
 No me acuerdo del bohío
 en esta ciudad hermana.
 Me compongo de mañana
 y m'entro por las salinas;
 que mi presensia no extraña:
 mi paso es de golondrina
 que volando vuelve a España.

¡Cucú!
 Tú m'estás matando.
 ¡Cucú!
 Yo no puedo más.

¡Cucú!
 Yo me voy contigo
 a donde tú me quieras yevá.

¿Que cómo se llama esta jerigonza? *Tangos por guajiras*, o mejor definida, *Guajiras atangadas*; pues el sabor pastoso del aguacate puede más que el de las *asitunas aliñás*, y el cansino aroma de la banana apaga *la nariz* castiza de la manzanilla sanluqueña.

* * *

Las Bulerías, cante con picardía de *Tango* y humos de *Soleares*, que recuerdan el ya desaparecido *Jaleo*. Admiten en su seno y meten en su *son* todos los cantares, por regionales que sean o por ultrapirenaicos que parezcan; asemejan un formidable embudo de enorme campana, que recibe todas las dádivas musicales que quieran arrojar a su voracidad, y que las deja ir, hiladas y luminosas, acompasadas y borrachas de alegría.

Se bailan con taconeo de *Tango viejo* y se modulan con quejidos de *Soleares*.

Por lo mal que conmigo
 tú t'has portao,
 del santo de tu nombre
 yo he renunsiao.
 Me compraste un vestío;
 te lo yevaste a empeñá.

es el tersé susedío,
que me jase cavilá.

Tres beses m'has dao el camelo;
pero yo te juro
que ya no me güerves
a tomar el pelo.

Carpintero, carpintero,
jágame usté una cunita,
que valga poco dinero,
que soy una probesita.

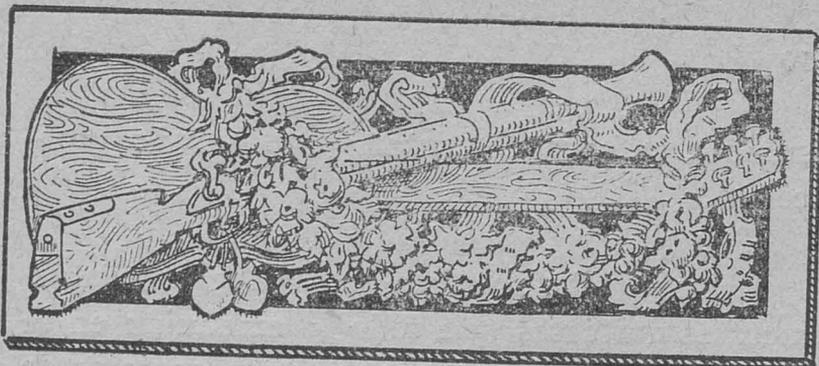
Er demonio es mi compare:
que vendió la jaca torda
en tres mil quinientos reales.

El pito y la campana
de la estación,
desde por la mañana
m'entran en son.

Soy er cojo
de más mala pata,
de más mala sombra
que er mundo crió.

Si la patita
se m'enderesara,
¡Mare de mi arma!,
qué satisfasión.
Un, dos, tres.
Un, dos, tres.
Todos me miran y disen:
¡Cojo es!

Tu mare no dise ná:
tu mare es de las que muerden
con la boquita serrá.



IX

SERRANAS

Luchando en campo abierto un contrabandista, y defendiendo a trabucazo limpio su vida y la de su jaca cartujana, mató a un carabiniero. A esconder su libertad se fué a la sierra, y en su pecho triste guardó como consoladora reliquia el *cante grande de la Caña*.

Vagó por las espesuras serranas hasta dar con una cueva, tras un cortinón de zarzamoras, que le sirvió de guarida.

Temeroso, bebía en los regatos y comía algarrobas y madroños.

El alegre piar de las alondras reales tranquilizó su espíritu, y una serena mañana de mayo se le metió el sol en el alma, le hirvió la sangre en los pulsos y se proclamó a sí mismo rey de la serranía.

Cuando, alegre, paseaba sus dominios, se le

subió a la boca el cantar, pero huraño y receloso.

¿Por qué?

Allá abajo había vino que caldeaba, entrometidas guitarras que todo lo arrebujan en la gama de sus punteados y rasgueos, mujeres de ojos de brasa y hombres a quienes disputarlas, ruidos de ciudad, gallardías que lucir, y el cante se matizaba, alargándose para implorar cariño o haciéndose cortante y duro para pedir explicaciones, y *la Caña*, *la Siguiriya*, *las Soleares*, expresaban pasiones palpables, dolor de los sentidos.

Aquí arriba, lo más sonoro es el chocar de la espuela en el estribo vaquero, el son acompasado del paso de la jaca en las lajas del caminito serrano, el fragor del agua en los barrancos, el zumbar del viento en las carrascas... De noche se suman a esta armonía el agobiante campanilleo del grillo y el graznido estridente del mochuelo. *La Caña*, en boca del bandolero, pierde sus arrestos y se transforma en *la Serrana*, tan acompasada, tan serena, tan olorosa a poleo y a tomillo, tan estirada en la grandeza del paisaje; *la Serrana*, que es igual a *la Caña* en sus dos tercios de cambio, pero más dulce, más reposada, más campera.

Patrimonio de hombres solos: de bandidos, contrabandistas y pastores, no tiene amores fe-

meninos que expresar, ni arrestos que mantener por ellos. A todos iguala la soledad, cuando no la tragedia; por eso acarician en sus letras a los caballos que comparten la vida azarosa de aquéllos, a los árboles que les dan sombra y fruto, a las cosas bonitas de la Naturaleza.

El que quiera madroños
vaya a la sierra,
que se están esgajando
las madroñeras.

Por la sierra, l'aurora
sale yorando.
¡Probesita, y qué noche
ha estao pasando!
Porque l'aurora,
por el día se divierte,
de noche yora.

Cuando estés en el trono
de tu alegría,
acuérdate de un hombre
que te quería.
Y ayá en tus glorias,
te pido que de un triste
hagas memoria.

* Al yover en la sierra,
por primavera,
toman coló de sangre
las torronteras.
Y entonses pienso:
Así será mi yanto
si caigo preso.

Ayá, entre los breñales,
un pastor yora;
que ha perdío los sajones
y cachiporra.

* Nesesita el orguyo
de los palasios,
de perlas, d'esmerardas
y de topasios.
Bajo un olivo,
esta cabrita blanca
parió su chivo.

* No me jayo en la chosa
con los pastores:
quiero ser bandolero
de los mejores;
y por el día,
pasear a cabayo
la serranía.

* Aquel lusero grande,
que está temblando,
¿por qué estrella bonita
estará penando?
Que ayá en er sielo,
tiemblan las luminarias
también de selos.

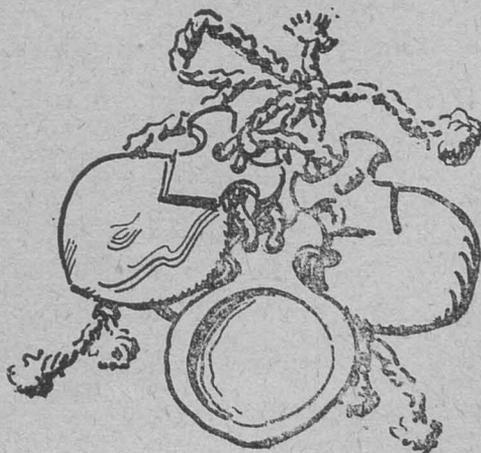
* Un tesoro escondío
tapa una piedra,
y al nicho d'un castiyo
cubre la yedra;
pero a mi pena,
es chica pa ocultarla
Sierra Morena.

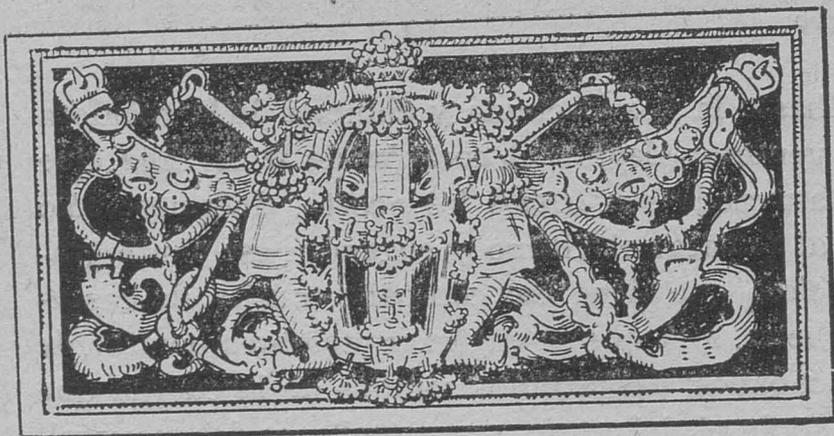
En mi redil tenía
 una cordera,
 de tanto acariciarla
 se gorvió fiera.
 Y las mujeres,
 si ^rmucho se acarician,
 fieras se güerven.

Por la Sierra Morena
 va una partía.
 Al ^rcapitán le yaman
 José María.
 Sus compañeros,
 Francisco de la Torre,
 Juan Cabayero.

.....

Esta es la primer estrofa de una leyenda de bravuras, jactancias, solitarias congojas. Una leyenda de bandolerismo romántico que se acoge a *la Serrana* para darse a conocer por su voz llena y reposada, por su bravía majestad





X

CALESERAS

Por los atajos, bajó *la Serrana* al camino real, que pone un volante en la falda de la serranía, y, miedosa, se coló en la venta. Allí, agazapada junto a la chimenea de la cocina anchurosa, trabó conversación con arrieros y mayores; bebió unos sorbos de vino morileño, y a su calor comenzó a turbársele la firme cabeza hecha a las alturas; le brillaron alegres sus tristes ojazos, y, provocativa, irguióse en la silla de anea.

Las colleras de cascabeles; la zumba del borrico liviano, escoltada por las alegres piquetas arrieras; el crujir de la tralla; el destemplado reir de la gente andariega y despreocupada; el bordón del guitarrillo del ciego que acompaña, saltarín, el romance miedoso; el alegre cantar del gallo en las bardas de la corraliza; quizás,

hasta la voz iracunda y chillona de la reñidora ventera; alegran el corazón de *la Serrana*, que avivando sus *tercios* los acorta, duérmese sólo al rematar el último y engendra ese cante gracioso que tiene por compañía música de casca-beles, a la que se engarzan nombres bonitos de caballos; desgarrados sonidos de la cuerna que sopla el delantero, secos trallazos del mayoral, redoble de herraduras y rodar furioso de ese armatoste que se llama diligencia y en el que *hacen son* los cristales que no ajustan, el equipaje que se zarandea en la baca, el eje que huelga en las cañoneras, las chirriantes zapatas del torno...

Ese *cante* tan andaluz, tan fragoroso y tan castizo, se llama *Caleseras*.

* A esta yegua castaña,
la *Doradiya*,
tengo yo que mercarle
más campaniyas.

Y la yegua parece entenderlo; se engalla y compone el trote.

* Cabayo delantero.
¡Quién lo dijera,
que el rey de los cabayos
nació en Utrera!

Y el caballo utrereño lanza un relincho y

marca una cabriola que levanta dos cuartas del sillín al *chavea* que lo monta.

* Yo no paro en la cuesta,
 señá Tomasa;
 aguante usted un poquito,
 que ná le pasa.

Y la señá Tomasa se ríe a la par de los compañeros de coche, y si lo toma en serio, peor para ella.

 Quisiera ser la plata
 de tus sarsiyos,
para darte sien besos
 en los carriyos.

Y desde su asiento en la baca, la niña bonita agradece con una mirada de reajo la fineza del mayoral y se le pone la cara como las guindas.

* Una mosita rubia
 va en la berlina
 como en un relicario
 la perla fina.

.....
.....

Y así, entre piropos, chirigotas y palabras cariñosas o trallazos al ganado, rodaban *las Caleseras* por los caminos andaluces, en las noches claras de estrellas y grillos y en los polvorientos días de sol y chicharras.



XI

CANTE DE LA TRILLA

Pasan y repasan *las Caleseras* por el camino real, y poco a poco se va éste desligando de los barrancos y repliegues, tajos y torronteras de la serranía, para enderezarse en el llano entre una doble fila de pitas o chumberas. A uno y otro lado se uniforma la campiña. Hace rato se dejó atrás la última loma que la hinchaba, y ahora corta el camino un mar de espigas que comienza a encerrar el sol de mayo.

Un día se cruzó la diligencia con un zagal jovenzuelo que paró la burra hatera, en la que venía encaramado, y con la cabeza alta y la deada quedó escuchando, suspenso, el cante del mayoral. Pocas veces le permitieron salirle al encuentro sus quehaceres o el geniazo del yegüerizo que lo manda; pero algo se le *pegó*

de aquel *cante* que, hasta cuando dormía, le martilleaba con el recuerdo.

El trigo terminó de encerarse; vino la siega, y tras ella se llenó la era de gavillas doradas que había que trillar, y a la era se fué el yegüerizo, con sus cobras de lustrosas yeguas, para cumplir esta faena.

El sol achicharraba. Un aire asfixiante cegaba con el polvo de oro de la miés pateada.

Poco tiempo pudieron aguantar entre el *volteo* los muchos años del yegüerizo. Hubo de guarecerse en el sombrero y entregar los ramales y el látigo de cinco brazas al zagal. Este, ya en la parva, orgulloso de sentir en su mano el mando de aquel puñado de yeguas juncales, comenzó a alegrarlas crujendo la rabiza del zurriago y a llamarlas, caricioso, por sus nombres... Las cencerrillas sonaban monótonas, acompasando el lento trotecillo, y sólo de vez en vez cortaba estridente el aire denso y caldeado el relincho imperioso de alguna yegua que reclamaba su rastra.

Bajo el sombrero de palma se le cerraban los ojos al zagalillo... Poco a poco comenzaron a zumbiar en sus oídos aquellos *tercios* que, deformados, retuvo de *las Caleseras*. Por despabilarse, púsose a canturrearlos y, encontrando la compañía en las cencerras y en el crujiente pataleo, azuzó con dos gritos a la yegua *de*

mano, y, a todo pulmón, surgió el cante de la Trilla.

Esta yegua castaña
tiene un potrito,
con una pata blanca
y un lucerito.

Y la madre levanta orgullosa la cabeza y
dilata los ollares, venteando la piropeada cría.

- * Esta parva de trigo
vale un tesoro:
paja como la seda,
granos de oro.
- * Tres horitas seguías
yevo triyando:
no me toque usté al cuerpo
que está quemando.
- * Un gazpacho de nieve,
una sandía,
la sombra de la parra,
¡qué güena vía!
- * Toma tú los ramales,
vente a mi vera;
¡deja que el sol te tueste
y que yo te quiera!
- * ¡Déjame que te bese
la cara, niña!
¡Déjame, que no muerdo
ni pego tiña!

- * Ya está volcá la oya
 en los lebriyos;
 espante osté las moscas
 y los chiquiyos.
- * Agua piden las yeguas;
 que aguanten pío,
 que en cuantito rematen
 las yevo al río.
- * Tres potras como flores
 yevo en coyera:
 la *Guapa*, la *Moñitos*,
 la *Molinera*.

Y estos versos cantan con una dulce monotonía. Los *tercios* primero y tercero son iguales y lo son también el segundo y cuarto, que no se diferencian de aquéllos sino en que acortan un poco la modulación de la letra. En la repetición que, por remate, hace del último verso, es donde establece un cambio de ritmo en el que parecen remansarse los que le preceden.

A pesar de la laguna que separa *las Trilleras* de *las Caleseras*, se le asemejan en todas sus partes y hacen recordarlas como a través de una niebla de sueño y calor.

* * *

Apurando más todavía la simplificación de *la Caña*, llegamos a su modalidad más sencilla,

a lo que casi es un balbuceo melodioso, que se acompasa al vaivén de la cuna donde se duerme el niño: *la Nana*.

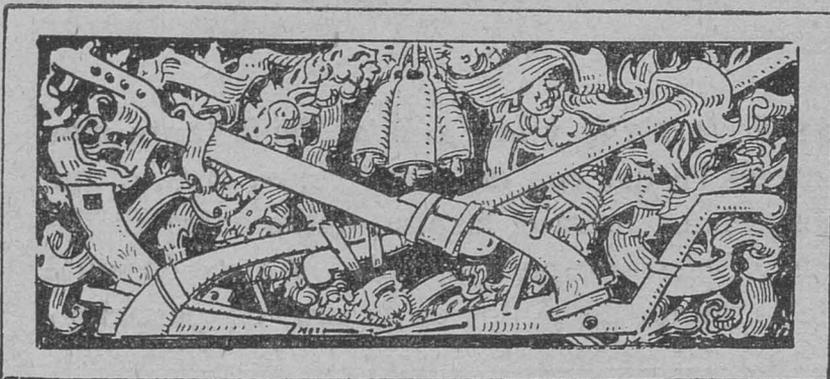
¡Dúermete, tú, matita
de mejorana!
¡Duérmete, lucerito
de la mañana!

Este niño chiquito
no tiene cuna;
de limonero verde
yo le haré una.

* La ropita del niño
me huele a gloria;
la seco en los laureles
que hay en la noria.

Se diferencia del *cante de la Trilla* en que priva a sus *tercios*, más blandos, de los finales arrastrados.

Son *las Trilleras* que se adentran por el entornado ventanillo de la casa del yegüerizo, se refrescan a la sombra de la salita, recién aljofifada, que huele a cal, a sahumero de alhucema, y se reclinan en el regazo de la yegüera para, juntas allí con el chiquillo gordo y morenucho, embobarlo con su sencilla melodía, enjugarle las lagrimillas en los inexpresivos ojazos y dormirlo a su mimoso sonsonete.



XII

TEMPORERAS

¡Pagos de Lucena, de Aguilar, de Cabra, de Montilla!... Se fué dejando *la Serrana* jirones de su capote de monte en vuestras viñas, en vuestros olivos; pero jirones chiquitos, porque las manos que a él se asieron ni fueron duras, ni porfiadas.

¡Lucena! En tu seno, más blanco que la nieve, oí el airoso cantar que llamáis *las Temporeras*.

Yo anduve por tus calles y tus campos a caza de ellas.

Sabedor de que en este pedazo de tierra existió un *cante*, patrimonio de las gañanías, con el que acompañaban su trabajo en la besana, fuí de Ceca en Meca sin poder atraparlo. Tal que cual gañán salmodiaba, trincado a su manera, un *cante* sin color ni estilo propio, mixto,

del de *la Trilla* y *la Taranta*. Tenía tanto más interés en dar con *las Temporeras*, cuanto que sospechaba fuera el lazo de unión entre *Trilleras* y *Caleseras*; pues al ceñirse al paso desigual de la yunta de mulos en la ara, no participaría ni del rechinante fragor de las diligencias ni del compás caluroso de la era agostiza.

Por matar la tarde, fuí a la casa de un amigo, hidalga y acogedora, de señoril fachada y portalón que achata el peso de un escudo de armas de ampulosos lambrequines, tallado en piedra.

El zaguán, recién regado, dibuja con sus menuditos guijos una cruz calatraveña; al fondo, una puerta de cuarterones patinosos que luce en su centro, y en él reluce un pomposo aldabón de «oro de Lucena», limpio y brillante, como mocita curiosa a la que basta para su tocado el jabón y el agua.

¡De oro se me llenó la mano cuando llamé!

Después del consabido: «Gente de paz», me colé por el despacho de mi amigo, detrás de cuyo nombre se atropellan qué sé yo cuántos apellidos ilustres.

Mi amigo lo es también de la tradición, de la heráldica y de la zambra.

Le expuse mi desencanto, y, tras de hacer memoria, con ese reposo con que en los pueblos se hace memoria, dijo:

— Tal vez *Perrilleja*, *Tenazo*...

En el patio trasero de la casa de mi amigo hay una parra umbrosa, y bajo ella abre su boca fría un pozo de brocal enjalbegado, sobre el que florecen macetitas de albahaca, macetitas de espliego...

Una moza, guapa y limpia, que se llama Araceli, nos trae en una bandeja de cobre unas copas grabadas con la cruz de Calatrava, y una botella con el marbete de Mora, llena de solera de las «Bodegas de Nuestro Padre Jesús». Al descorcharla nos acaricia con un olor a manzana, a florecillas de la sierra...; luego canta en las copas con gorgoritos de jilguero.

Esperamos, y, ya el sol traspuesto, se entró por el patizuelo el ansiado *Perrilleja*, acompañado del aperador de mi amigo. Ambos sabían *las Temporeras*, y como araban en el mismo olivar, quise escucharlas al día siguiente en el mismo salsero donde se sazonaron.

Al olivar de «Los Dorados» me encaminé y en él oí este *cante*, tan característico y que me enorgulleció encontrar, porque se acoplaba, como preveía, al lugar designado en la escala que hemos recorrido.

Inicia el gañán la copla cantando un verso, y, al terminarlo, otro lo recoge, anunciando su decisión con un: «¡Voy!», y así se turnan hasta que uno grita: «¡Fuera!», y remata la estrofa.

Más moderno es que la termine el que la comienza; verdad que tampoco abundan los que saben cantarla. Así, es indiscutible, pierde el matizado que le da la variedad de voces y la alegría de los gritos que piden la vez.

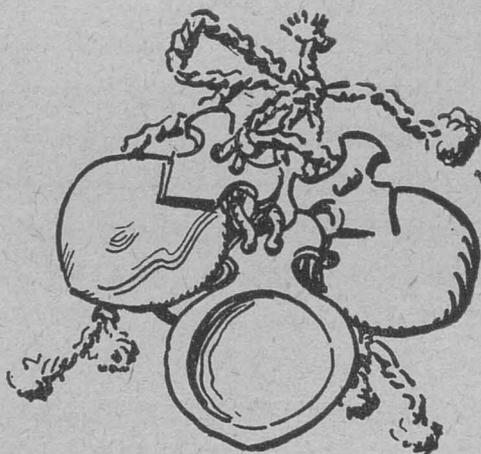
Dan escolta a este *cante* en la besana el piar de las *pípit*as, que brincan en los camellones del surco recién abierto, y lo aroma el fuerte vaho que sale de la tierra herida y que huele a búcaro.

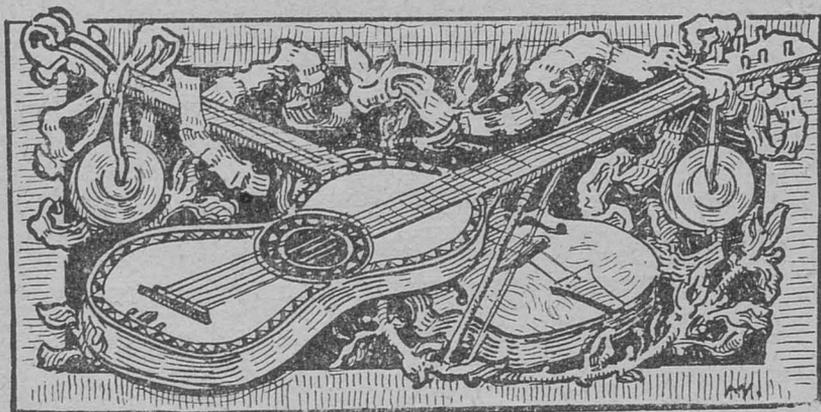
Luego, cuando el sol traspone y los calados de los olivos transparentan la amoratada luz del crepúsculo; cuando las campanas y campanitas del pueblo cercano llenan la campiña de ecos argentinos tocando la oración; libre la yunta del arado que quedó en el surco, apuntando con el timón al lucero que afanoso parpadea en el horizonte; al emprender el apero el camino del caserío, llevando cada pareja, a lomo, al gañán que la gobierna, riman *las Temporeras* con el alegre trotecillo de la querencia, más vivas, más alegres, confundándose casi con un *Fandango*.

* La tierra, con la llovía,
ha tomao mejor tempero;
y esto lo agradece el amo,
los gañanes y el apero.

* *El Sota* trae una yunta
de dos mulas alazanas,
que ellas solitas s'atreven
con toíta la besana.

* Tós los mulos del cortijo
de don Juan Manué Carrasco,
no le llegan a los míos
a las coronas del casco.





XIII

FANDANGO - FANDANGUILLO

Ya nos dimos la mano con la más popular de las canciones andaluzas: *el Fandango*.

De innumerables estilos, cada cantador tiene, o cree tener, el suyo peculiar. Hoy que la tradición de ellos en nada se estima y para nada se tiene en cuenta; hoy que están admitidas todas las mixtificaciones, cede *el Fandango* su flexibilidad y su bonito y fácil ritmo para aprovechamiento de los que se llaman profesionales, y entre los que poquísimos son depositarios de las purezas de estilo. La mayoría no las conocen, y otros, no pudiendo con las gallardías de los *tercios* dificultosos, se vienen abajo al cantarlos y crean esa amalgama que clasifican llamándola: *Fandango por Malagueñas, Fandango por Levante, Fandango por Tarantas...*

Nosotros analizaremos el *Fandango por Fan-*

dango, sin habilidades; llamando al pan, pan, y al vino, vino.

Es un *cante* de fiesta, para bailarse. Mozuelo pretencioso y perfiladito, que cuando es del campo presume con menos chulerías, porque carece de los requilorios con que se emperejila si es artesano y de la capital.

Todos los *Fandangos* clásicos son nietos del *cante grande*. Como los *Tangos gaditanos*, hacen cabriolas; pero con menos guasa y mejor intención.

El más antiguo, el más bonito, el de mayor sencillez, dentro de sus dificultades de ejecución, es el que tiene por cuna el «Partido de los Verdiales», en los montes malagueños. Se acompaña de guitarras, primitivos violines de dos cuerdas y minúsculos platillos de metal, poco mayores que crótalos.

La falseta de este *Fandango*, que se llama *Verdiales*, es divina, juncal, alegre; voltea llena de gracia melodiosa alrededor de un solo tema picante y zumbón.

Tienes una cinturita
que parece, que parece
el clavel en la maceta,
que con el aire se mece.

A tu puerta hemos llegao
cuatrocientos en cuadrilla;

si quieres que te cantemos
saca cuatrocientas siyas.

En «La Cala» hay una fiesta;
mi madre me va a yevá;
cuando me vean tan compuesta,
me sacarán a bailá.

Piesesitos d'almendrita,
carita de nieve y rosa,
boquita de coral fino,
¡eres tú más primorosa
que doña Manuela Pino!

¡Famosa beldad, por lo visto, esta Doña Ma-
nuela!

* * *

Sigue a *los Verdiales* el *Fandango* llamado
de *los Lagares*; más reposado, pero con escasí-
simas diferencias.

* Pa encontrarse la miel hecha
pica en la uva l'abeja;
y yo encuentro el queré fino
a la vera de mi vieja.
¡Ser mozo será mi sino!

Eres la nata del agua,
espuma que yeva el río;
eres un jardín de flores;
te conosí y no t'olvío,
María de los Dolores.

* En el carro que he compraó,
una carta m'encontré.

El sobre estaba serrao,
y como no sé leé,
dije: ¡Ya estoy enterao!.

* Eres como la alcarrasa,
que colgá de la paré
en la puerta de tu casa,
sirves pa quitá la sé
a to el amigo que pasa.

Acompaña al vendimiador en su vuelta al
caserío y alegra por la noche los llanos de sus
puertas.

Estos *Fandangos* son típicos de la campiña
malagueña, y de ellos supo sacar el famosísimo
Juan *Breva*, el más grande de todos, el que
llevó su nombre.

Aquellas sus filosóficas letras...

Cuatro sabios se encontraban
en la agonía de un rey;
los cuatro se amedrentaban:
cuando Dios manda su ley,
ciencia y dinero se acaban.

Un séntimo le di a un probe
y me bendijo a mi madre.
¡Qué limosna tan chiquita
pa recompensa tan grande!

A un sabio le pregunté:
—Una noche, ¿cuánto vale?
Y el sabio me respondió:
—Siendo a gusto, ¿quién lo sabe?.

¡Yo te los oí cantar, pobre Juan! Ya eras viejo y estabas medio cegato, y a pesar de tus achaques y de tus penas, no había quien al lado se te pusiera.

Dicen que Julián Gayarre lloró oyéndote.

¡Derrochaste los trinos de tu garganta de rruiseñor y el oro que ganaste a manos llenas!

¡Aun recuerdo cómo tus compañeros de profesión guardaban en un pañolito negro las dádivas que, en nombre de la caridad, recogían para tu entierro!

* * *

Córdoba, con su perfil de patricio romano y su manera de ser sentenciosa y seria, acoge los *cantes* y deja que en su serranía o en su campiña se transformen, sin meterse a colaborar con la Naturaleza. No crea nada. Cuando ve sus olivares llenos de trama y mira sus campos en vías de prieta granazón, alegra su cara con una sonrisa, seca la frente sudorosa con un pañolón de *hierbas*, a cuadros blancos y azules, y se sienta a la puerta del cortijo en un sillón de madera de chaparro y asiento de tomiza, que pesa como de plomo. Dobla sobre sus muslos los curtidos zahones y sin quitarse el cigarro de papel de la comisura de los labios, entona a media voz el *Fandango*, que casi le pertenece por ser de Lucena, pero que ad-

quiere en su boca una modalidad más litúrgica, más llena de unción.

Desfilan los *tercios* del *Fandango de Córdoba* con la majestad de un cortejo musulmán que acompañara al Califa, de su palacio de filigrana a la mezquita que semeja un bosque de palmeras.

* Madre mía de Araceli,
ve y dile a tu camarera
que desde que la entreví
la estoy queriendo de vera.
¡Que me corresponda a mí!

* El mantón que te compré
me costó veinte mil reales,
y pa mercarte el mantón
malvendí catorce erales.
¡Vas a ser mi perdisión!

* Ni el Gran Capitán me gana
a desidío y valiente;
ni el caimán de la Fuensanta
a buen comé y a buen diente.

Si Araceli tú te yamas,
nunca lo tengas a menos,
porque Araceli se yama
la Patrona de mi pueblo.

Ana María: tu novio
me lo encontré en «La Barrera»;
y ni ha dao de bebé
agua de «La Fuente Nueva».

* Hay una cosa en tu cara
que no es bonita ni es fea;
pero to el que la arrepara
se para y te piropea.

Yo tengo una Santa Rita.
¡Josú qué bonita es!
¿Quiere usté por eya un cuarto?
No, señó, que quiero tres.

* En lo alto de tu tejao
se contonea un palomo;
si yo lo miro, María,
los selos me hasen de plomo
y pierdo la gayardía.

* Yo, con mi jaca *Trianera*
y cuatro copas de vino,
y cien duros en cartera
y Carmen la del molino,
¡me río de España entera!

* Aparte de toas las bromas,
te voy a dar un consejo:
que en el coto de «La Loma»
no me tira los conejos
ni el Padre Santo de Roma.

* La ermita de La Fuensanta
guarda un caimán disecao;
así guardo tu queré:
con siete yaves serrao,
pa que no güerva a nasé.

- * Bigensita de La Oliva:
a la puerta de tu ermita,
buscando consuelo vengo.
¡Se voló la palomita!
¡Qué pena tan grande tengo!
- * Me gustan las luminarias,
y el oló de aseite frito,
el son de los cascabeles
y los cabayos bonitos.
- * El peujá se me ha ageñao,
tengo el ganao con basera,
ayé me ardió un armiá,
se m'han muerto cinco utreras...
¡El seniso, camará!

* * *

Todos los estilos *por Fandango* tienen dos formas de cantarse: una *por alto*, en la que adquiere su máxima brillantez, y otra *por bajo*, conservando su misma modulación y cadencia, sereno y sin gorjeos, en una especie de contrapunto.

* * *

Entra Huelva en turno con el suyo, que no es *Fandango*, ni de Huelva, sino *Fandanguillo*, y del Alosno.

No tiene otra pretensión que acompañar el baile, y es tan llanote y tan sencillo que permite a la concurrencia tomar parte, coreando la final repetición del *tercio* de entrada

Pero... Aquí me paro un poquillo.

Sé que no va a gustarte, Pepe Pérez de Guzmán, que se hable de ti, por este concepto al menos, en letras de molde. Yo no soy ahora tu amigo Pepe Luna: soy un pretencioso que aspira a crearle simpatías al *cante flamenco*, y no puedo dejar a un lado el costal de ellas que con tu estilo aportaste.

Has hecho del *Fandangillo* chiquitín del Alosno un *fandangazo* grande, lleno de retadora gallardía; que comienza con un *tercio* luminoso, enorme y fanfarrón que parece insuperable, y apenas se remansa un momento en el segundo, vuelve a la pujanza y gentileza de aquél y aviva el último verso, como deseoso de entrar de lleno en el *tercio de remate*, con una acometividad, con un alarde de matices, con una bravura ciega, y no digo con una inconsciencia, porque va dominado en todas sus partes y porque termina sin empañarse un solo segundo, sin congoja, sin jadear siquiera, jactancioso y ansiando *la réplica*... Y como *Su Eminencia el Fandangazo* queda engallado esperándola, y *la réplica*, acobardada, no parece, se pasa al *estilo chico*, se recoge en sí mismo, se quita el sombrero y llevándose una mano al pecho, baja los ojos y casi en un susurro, recordando su origen modesto, vuelve a ser *Fandangillo* y os cuenta un pesar, un cariño, un ansia...

Deseosos de codearos con él, viéndolo amasado, os acercáis para consolarlo, porque ahora os sentís capaz de ello; pero antes de apoyar, con camaradería, una mano en su hombro, vuelve a engolarse, y *la réplica*, que ya teníais a flor de labio, tendrá que guarecerse en un rincón avergonzada de su ropaje pardo y raído.

¡Y este *cante* lo creaste tú, Pepe! Nadie se acuerda de Huelva ni del Alosno. Con razón lleva tu nombre y apellido.

¡Profesionales que guardáis, sin duda, un tesoro en vuestras gargantas, que tenéis cada uno vuestro *estilo grande por Fandangos!*, ¿por qué no cantáis *el de Pepe Pérez de Guzmán?*

¡Si Juan *Breva* volviera a la vida, podría sentarse a tu vera, tocayo!

A tu puerta hemos llegao,
cabellos de emperaora.
Si tienes un novio guapo,
dile que salga aquí ahora,
qu'en la esquinita le aguardo.

«Cabeza Rubia» y «El Cerro»
tienen los pastos comunes;
y yo los tengo contigo,
sábado, domingo y lunes.

Catalina María Marques:
¿cómo tuviste való
de casarte con Juan Lucas
estando en el mundo yo?

Cartujana era mi jaca.
¡Qué jaca con tanta ley!
Una jaca como aqueya
no la montaba ni el rey.

- * Un río me forma linde
en el «Cortijo Bermejo»;
si se le hinchan las narices
no se lo salta un vensejo.

Cabayo que en treinta pasos
anda, trota y galopea,
se merece ese cabayo
un atajarre de sea.

Vámonos de aquí, galanes,
que las estreyas van altas,
y la luz del día viene
pregonando nuestra falta.

- * Tengo una manola nueva
con cuatro jacas castañas,
y la novia más bonita
que calienta el sol de España:
sevillana y morenita.
- * La manola está vendía
y las jacas se me han muerto,
y la novia que tenía
ya es vieja y mujé de un tuerto.
¡Conque, a otra cosa, alma mía!
- * No me vengas más a vé
con tu yegua *Relusiente*,

que el potro de mi marío
relincha cuando la siente,
y va a descubrirse el lío.

- * Sereno, toque usté er pito,
que'n mi casa hay un ladrón.
Manque me roben er nío,
que me deje er corasón,
porque está comprometío.

- * Un olivá y un molino
y un cortijo con parrales.
Pan, aseite, carne y vino.
¡Y medio millón de reales
en la Banca de Camino!

- * En la feria m'ha mercao
mi novio, qu'es muy rumboso,
un coyar filigranao,
unos sarsillos presiosos
y un pañolito bordao.

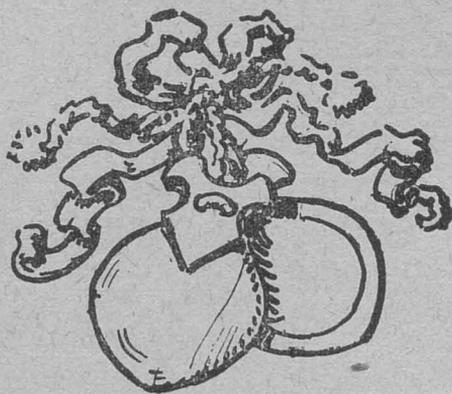
- * Vente ahora a «Los Parrales»,
pa que aprendas er camino;
que luego yega la noche
y tú te cargas de vino
y vas a volcar el coche.

- * Ven y súbete a la grupa
de mi jaca cartujana;
que, siguiendo tus consejos,
quiero estar por la mañana
«a tu verita y muy lejos».

Manque el río yegue a Palma
y se ajoguen los palmeros,
en no ajogándote tú,
que se ajogue el mundo entero.

* Tengo una jaca isabela
que cuando anda, galopa,
y cuando galopa, vuela.
¡La campiña pa eya es poca!

* Corrió mi perra en «La Ina»,
y a tós ganó la quimera:
tengo la galga verdina
más bonita, más ligera,
con más coraje y más fina.





XIV

CANTE DE LAS MINAS
TARANTAS - CARTAGENERAS

Vamos en busca de un *cante* que, si no es patrimonio de Andalucía y parece, por esto, trasponer los linderos del presente librito, no cae fuera de lo que en él nos proponemos, pues deriva también del *cante jondo*, es nieto de *la Caña* y lo crió a sus pechos *la Serrana*.

Cante arrastrado, *cante* triste que cayó en las profundidades de la mina, se le metió en el alma toda su negrura y anduvo de galería en galería quejándose, sin bríos. Cuando trepando por el pozo maestro y acompañado del golpeteo del pico y la barrena, salió fuera, ya con el sol traspuesto, nada en él quedaba de la serenidad que del campo traía, tornándose, sombrón y torturado, arrepentido quizás de aquel cambio de ambiente, que si le dió más pan, desgarró

sus carnes con el rudo trabajo y entenebreció para siempre su piar saltarín de alondra mañanera.

¡Cante de las minas! ¡Tarantas! ¡Cartagenas!

El primer tercio, al que podríamos llamar de exposición, retrata el cantar: todos son largos, amilanados, imprecisos. Cuando la rebelión parece prestarle unas notas gallardas, la pena se apresurará a taparle la boca, ahogándolas en unos balbuceos entrecortados que recuerdan el llanto del desamparo, de la orfandad, del abandono.

Sube al enganche, minero,
y dile al enganchaó
que pregunte a los torneros
si quea toavía mucho só,
pa pegá fuego a un barreno.

¿Veis cómo la letra describe la profundidad del pozo? ¿Sentís al minero que canta allá abajo, en la tenebrosidad de los socavones, ignorante de la hora, preguntar si aun hay tiempo para encender la postrer mecha del día? Pues no necesita el *cante* de letra para daros esa sensación de lobrete, de alejamiento y de inconsciencia.

Estoy pasando un verano
que no me divierte un día,

porque mi tío Cayetano
se está gastando en bebía
tós los dineros que gano.

¡Señó Cayetano!, que, tras cumplir la condena
en el penal, volviste al coto minero cobrando el
barato, ¿no te aprieta la garganta la lamenta-
ción de ese sobrino tuyo, derrotado y enclen-
que, barrenero novatillo?.

¡Trasnochá y madrugá,
subir y bajar la cuesta!
A mí me dan mal jornal;
esto no me tiene cuenta
y a la mina no voy más.

Salí de Cuevas de Vera;
vide un bicho corredó;
le sumbé mi perra galga.
¡Misericordia, Señó!
¡No darme una feria amarga!.

* Me dejó medio segato
el polvo de la escombrera,
y ahora gano el pan que como
cantando cartageneras.

Linares ya no es Linares,
que es un segundo Madrí.
¿Quién no ha visto por Linares
pasar el ferrocarrí
entre mieses y olivares?

No se espante usted, señora,
que's un minero el que canta;

con el jumo de la mina
tiene ronca la garganta.

Se está quedando «La Unión»
como corrá sin gayinas.
¡A unos se los yeva Dios!
¡A otros los matan las minas!

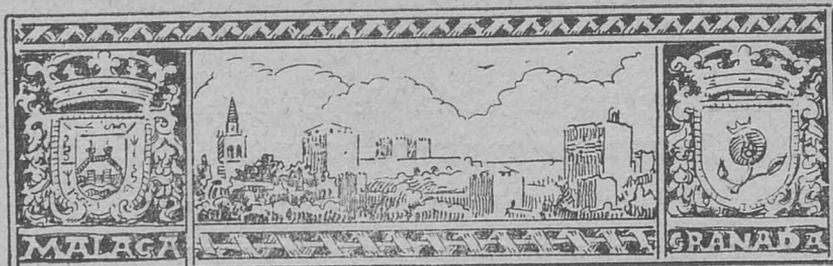
Aperaor de «La Lavá»,
échese usté al vaciaero:
dígame a Venancio Porras
que con él matarme quiero;
que si me ve, que no corra.

Me han hecho a mí manigero,
por tirá bien la barrena.
¡Soy er mejó barrenero
der Coto de Cartagena,
y el que gana más dinero!

* * *

La Taranta se emperejila un domingo. Como
tiene dinerillo ahorrado alquila una tartana,
toma unos vasucos de vinillo agrio y nuevo, y
por la carretera, entre naranjos y parrales, se
transforma en *Cantecillo de Levante...*

Vamos a dejarlo ir, que yo, y mi jaca tam-
bién, extrañamos el terreno.



XV

MALAGUEÑAS - GRANADINAS

Volvamos grupa y, por la carretera de Motril, regresemos a Málaga, que una copla independiente, y desligada casi del encadenamiento estudiado, nos brinda una copa de vino Rome y un espetón de sardinas en las playas del Pedregalejo.

De Málaga, hija de su vida y de su sol, huele a varitas de nardos, a biznagas jazmineras. Es morena, bonita, tiene los *piños* blancos y prietos, y si se empina sobre los zapatitos de raso, sus ojos almendrados ven los montes africanos. Sabe de celos de jabegote, de acunamientos de *parejas* pesqueras, la gusta el *son* de *la María*, la campana gorda de la manquita catedral, y se remilgó la falda muchas veces, huyendo, risueña y estremecida, de la fangosa gula del Guadalmedina. Se llama *la Malagueña*, y canta las noches serenas en las ventas de la Caleta; en alta mar, echando las redes del *copo*; en los laberintos que preceden a «Los llanos de

Boticario»; en la «Cala de Torremolinos»; en
«Las Barrancas» cogiendo brevas la noche de
San Juan.....

.....
Tiene arrestos de *Caña*, sentimiento de *Sigui-
riyas*, matices de *Soleares...*, y no se parece a
ninguna. Es... *Ella*: suave, femenina, desgarrada.

¡Barrio de la Trinidad,
cuántos paseos me debes!
¡Cuántas veces me han tapao
las sombras de tus paredes!

Se corta una rama verde,
se planta y vuelve a nasé;
pero una madre se muere,
y ya no se güerve a vé
cosa que tanto se quiere.

* Son tus ojos las farolas
que me señalan el puerto.
Mírame, que ellos me guían.
¡No los sierres, que me pierdo!

¿A qué niegas er delirio
que sientes por mi persona?
Le das tormento a tu cuerpo;
tú te estás matando sola.

¿De qué me sirve el yorá,
si no tengo quien me oiga?
La que me tenía que oí,
está viviendo en la gloria
y no se acuerda de mí.

Dos que se están adorando,
 con qué gusto vivirán,
 y más si se están hablando.
 ¡Qué cositas se dirán!
 ¡Cómo se irán requebrando!

* Eres tú como la adelfa
 que da sombra en la ribera:
 con el corazón amargo,
 verde y colorá por fuera.

Señores, ¡Viva mi barrio,
 que se yama «La Alcazaba»;
 viva «La Torre del Tiro»,
 y los «Cuartos de Granada»!

El retrato de mi madre
 siempre lo yevo en el pecho;
 y al tiempo de irme a acostá
 lo saco, le doy un beso
 y me jarto de yorá.

* * *

La Malagueña tiene dos hijas que se agazan vistosillas y compuestas al pie de los murallones de la Alhambra. A sus plantas brillan las luces del Albaicín; más allá, la Vega se reparte la plata del Genil bajo el mando y la mirada de una torre roja como el cobre bruñido... Detrás de aquella sierra grande y cana tienen a su madre.

Estas dos muchachillas graciosas y bonitas,

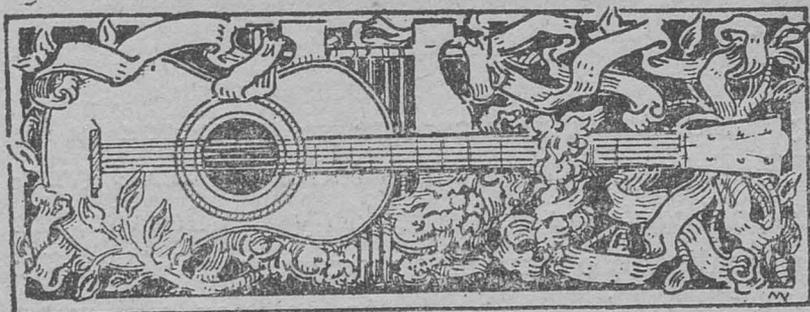
con zarcillos de filigrana y pañolito de talle, ya saben de amores y desdenes; el llanto de los celos enrojeció sus ojos y dejó en ellos, al secarse, una aureola violeta. Cantan con voz de niña hondas penas de mujer, porque solamente a ellas se acogieron los pesares, las tragedias, las sobrias alegrías de esta ciudad bonita que les dió su nombre, y que orgullosa las pasea por sus calles evocadoras y de las manos lleva cuando por ahí sale: *la Granadina y la Media Granadina*.

* La Virgen de las Angustias,
la que está en el camarín,
sabe lo que yo te quiero
y lo que me haces sufrí.

* Te vi, desde Sierra Elvira,
con una mujer al lao,
y el cariño que te tuve
ayí lo dejé enterrao.

Una crú yevas al pecho,
engarsá en oro y marfí.
Déjame resarle a eya
o crucifícame ayí.

Quiero vivir en Graná,
porque me gusta el oír
la campana de «La Vela»
cuando me voy a dormir,



XVI

SEVILLANAS-PALMARES-ROAS- ALBOREÁS - CANTE DE LOS CAMPANILLEROS

No sé si algo se nos quedó atrás: es probable. Algunas de las cosas que enumero ya se han borrado; otras se agarran temblorosas a tal cual pecho viejo, sabedoras de que con el relicario se pierde la reliquia. Seguramente han existido *cantes* que no conozco ni aun por vía de relato.

Sueltos, como hojas livianas que esparció el aire, ruedan por ahí *Sevillanas* y *Palmares*, *Roas* y *Alboreás*, *Cante de los Campanilleros* y místicas modulaciones de novenarios y fiestas religiosas, que traspusieron las puertas de las ermitas humildes, para gozar de la libertad del campo y de las alegrías sin recogimiento... *Vidabitas argentinas* que se doblgaron a las lamentaciones de *las Soleares*, pregones de flores

y modestas vituallas que se acogieron a las *Siguiriyas*... Desgarrones todos del *cante grande*, del *cante jondo*, tan traído y tan llevado, tan ridiculizado o tan tenido por grosero y canalla; de ese *cante* que en tanto paladar remilgado puso agruras de vino malo, y en tanta remilgada nariz picante olor a tabaco de colilla y a salmorejo arriero.

¡Quédate con Dios, *cante grande*, *cante flamenco*, *cante* de mi tierra! Yo te quiero porque me haces llorar y porque me haces reír; porque siempre que junto a ti paso, me regalas, espléndido, un recuerdo que luego acompaña mis soledades camperas. ¡Bendito seas! Porque como una madre dejas reclinar en tu regazo la cabeza de tus hijos; y si es pequeñito, con él balbuceas, y si es grande, con él sientes, con él lloras, con él huyes a ocultar su pena, su humillación, su tragedia.

Contigo, *cante flamenco*, pide pan el pobre y tira su oro el rico. Quien no te comprenda, no tiene buenos sentimientos; quien a empellones te trate, para de ti burlarse, que se vea como el «Gallo de Morón»: *sin pluma y cacareando*.

CONCLUSIÓN

Cogiendo la asituna
gané un bestío;
me lo puse tres beses,
ya está rompío.

Quiero decirte con esta coplilla que terminamos la jornada: perdóname; ya sabes por qué me metí en ella. La intención fué buena; si no conseguí el objeto, yo sólo tuve la culpa por fiar en mis escasas dotes.

Me cuesta trabajo aquietar la jaca para despedirme de ti. Toma mi mano, y ya sabes que por aquí dejas un amigo, pelmazo, pero agradecido.

Que Dios te pague la paciencia que demostraste con tu compañía, y vuelve la hoja, que aun te queda un traguito que apurar.

LA ANICA AMAYA

Gitana con más años que un loro, que alternó en el «tablao» con Silverio, con Tomás «El Nitri», con «La Cerneta», con Juan «El de los Gallos»...

PRESENTACIÓN Y ENVIO

Esta gitana vieja,
con la cara curtida por adobo barato,
de negros añadíos y peineta de teja,
esta gorda flamenca, con andares de pato,
que en Ronda bautizaron,
a poco que de Ronda los franceses marcharon.
Esta odre castiza,
que empinando una copa de aguardiente serrano,
traspuesta se hipnotiza
y olvida su vivir hampón y chabacano;
tiene morros fruncidos, de los que un viejo dijo
que conocen los besos del sin par *Lagartijo*.
Su flácido pescuezo, de carne de gallina,
que con polvos baratos blanquea y enharina,
aun luce con descoco un collar de corales
que fué premio a su *cante corto por Soleares*,
y que un día *Curro Dulce*, destocado el pavero,
tras de besar sus manos, le puso en «El Burrero».
Esas manos, hoy garras de su extraña persona,
conocieron el peso de la onza pelucona.

Su ya cascado pecho
hizo correr las lágrimas, en el «Café sin Techo»,
a un abigarramiento de toreros, matones,
señoritos, tratantes, alguaciles y hampones.
A sus pies rebotaron los centenes de oro
que arrojó un caballero con barbazas de moro;
y el chorro luminoso de ardiente manzanilla,
al colmarle su chato, cantó por *Siguiriya*.

Esta gitana vieja, más vieja que el castillo
que arrebola su cara con polvo de ladrillo
y luce chamuscados los pelos del bigote,
aun con la guitarrilla se gana su guisote,
arrastrando orgullosa la bata de lunares
por inmundos garitos y tristes lupanares.
Con el alba, borracha, camino de su choza,
entre perros sarnosos que le ladran con furia,
contonea su cuerpo como cuando era *moza*
y a sus pies se rendían el oro y la lujuria.

Yo quise rodearte de pan y de respeto,
porque eres relicario de exquisitos joyeles;
pero adoras al vicio, porque él es tu amuleto,
y al hambre y la miseria, porque son tus caireles.

Y como a ti te debo mucho de lo que escribo,
porque fluyó vibrante por tu caucona boca,
al bajar de mi jaca y soltar el estribo,
saludo con respeto tus perjeños de loca.

Jimena de la Frontera y Málaga, agosto de 1925.

DE CANTE GRANDE Y CANTE CHICO,
POR JOSÉ CARLOS DE LUNA,
ILUSTRADO CON DIBUJOS ORIGINALES
DE DON MIGUEL VELASCO Y AGUIRRE;
SE CONCLUYÓ DE IMPRIMIR
EN LA VILLA Y CORTE DE MADRID, Y EN LOS TALLERES
VOLUNTAD, SERRANO, 48,
LA VÍSPERA DE SANTIAGO EL MAYOR,
PATRÓN DE ESPAÑA, 25 DE JULIO,
DEL AÑO DE GRACIA
DE MCMXXVI

INDICE

	<u>Páginas</u>
De «Cante grande y Cante chico» (antepor- tada).....	1
De «Cante grande y Cante chico» (portada)..	3
¿Prólogo?.....	5
Dedicatoria.....	15
Al lector.....	17
Capítulo I.— Temple.....	19
» II.— ¿Historias?.....	25
» III.— Genealogías.....	27
» IV.— Soleares. Peteneras.....	33
» V.— Seguirilla. Saeta.....	39
» VI.— Martinete. La Debla.....	45
» VII.— Descienden de «La Caña»....	49
» VIII.— Tangos. Caracoles. Guajiras. Bulerías.....	51
» IX.— Serranas.....	69
» X.— Caleseras.....	75
» XI.— Cante de la Trilla.....	79
» XII.— Temporeras.....	85
» XIII.— Fandango. Fandanguillo.....	91
» XIV.— Cante de las Minas. Tarantas. Cartageneras.....	105
» XV.— Malagueñas. Granadinas.....	109
» XVI.— Sevillanas. Palmares. Roas. Alboreas. Cante de los Campanilleros.....	113
Conclusión.....	115
La Anica Amaya.....	117
Colofón.....	119

